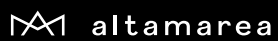


MARCO GIANI

Historia de un prejuicio y de una lucha





© 2020 RCS MediaGroup S.p.A., Milán

© de la presente edición: Altamarea Ediciones
altamarea.es

altamarea@altamarea.es

© de la traducción: Estefanía Asins

MARCO GIANI

Historia de un prejuicio y de una lucha

Traducción de
Estefanía Asins

MARCO GIANI (1984) es doctor en Historia de la Lengua Italiana y enseña Historia y Geografía en un instituto de Milán. A raíz de la reconstrucción de las vicisitudes del Gruppo Calcistico Milanese, ha empezado a dedicarse a la historia del deporte enfocando su investigación hacia el mundo del deporte femenino durante la época fascista en Italia.

¿EL FÚTBOL NO ES DEPORTE PARA SEÑORITAS?

Es impactante, con la mirada todavía puesta en la espléndida hazaña deportiva del verano de 2019, cómo se han dado a conocer las #RagazzeMondiali (#ChicasMundiales) de la selección nacional de fútbol femenino. Y, al repasar hoy *Jugar al fútbol con tetas*,¹ un reportaje de 2016 firmado por la difunta Nadia Toffa, he podido ver a la enviada de *Las Hienas* pisar el suelo ralo del campo de fútbol del Mozzanica (Bérgamo), actual segundo clasificado en nuestra Serie A gracias a los goles de una jovencísima Valentina Giacinti.² Aunque todavía queda mucho por hacer, da la sensación de que hayan pasado siglos, no años, viendo el lamentable estado en el que se encontraba nuestro fútbol femenino, que tan solo se mantenía en pie gracias a la pasión de las chicas, de las entrenadoras y de los directivos masculinos, mientras alrededor tan solo reinaba la indiferencia de las instituciones deportivas, la ausencia de patrocinadores y el silencio de los legisladores sobre la controvertida cuestión de la profesionalidad.

En la segunda parte del documental de Toffa se respira un aire completamente diferente. Nadia se encontró en Francia con la actual capitana de la selección nacional de fútbol femenino, Sara Gama, quien huyó en busca de oportunidades,

tanto deportivas como laborales, en el Paris Saint-Germain, oportunidad conseguida al año siguiente, cuando la llamó de vuelta la Juventus, para crear a su alrededor el núcleo vencedor de su equipo femenino, actualmente poseedoras del título nacional. Después de haber observado las, por entonces, fantásticas estructuras para las futbolistas italianas dispuestas por el club parisino, Sara hablaría a rienda suelta con Nadia en los vestuarios. En un momento dado, la hiena le pidió que le desmintiese algunos prejuicios recurrentes sobre el fútbol femenino, pues «hay un problema cultural en nuestro país. No se acepta a la mujer que juega al fútbol». Primero, la indumentaria. Nadia, tras haber comprobado que las espini-lleras de Sara eran iguales a las de los hombres, le pregunta:

—Pero ¿no hay un... «protegetetas»?

—Definitivamente no. No existe.

—¿Y no te duele parar el balón [con el pecho]?

—No, porque se para con esto —responde Sara tocándose el esternón.

Entonces se pasa al plano afectivo:

—¿Y es cierto que sois todas lesbianas?

—No, no es cierto. Como en cualquier parte puede haber, también las hay en el mundo del fútbol.

Vuelve a las preguntas sobre el cuerpo, pasando del pecho a las piernas:

—¿Y es cierto que crece más el pelo jugando al fútbol?

—Yo diría que no —le responde Sara riéndose, tanto que Nadia se justifica:

—¡Es que por ahí se dice eso!

Después, la enviada interroga a la deportista sobre las reglas del fútbol:

—El campo de fútbol, ¿es tan grande como el de los hombres o es más pequeño?

—El campo es igual.

—¿La portería no es más pequeña?

—Todo igual.

Modalidad de juego:

—¿Y vosotras también hacéis entradas agresivas?

—¡Claro!

—O sea, no es que seáis más cobardes y luego...

—¡No! ¡Todo lo contrario!

Por último, Nadia se sorprendió al ver las cicatrices en las piernas de Sara, que se había cambiado mientras hablaban, quedándose en pantalones cortos. Si sustituimos estos por una falda, cambiamos algunas cosas de la entrevista y del contexto y retrocedemos en el tiempo poco más de ochenta años, obtendremos exactamente los mismos prejuicios. Por lo tanto, es todavía más impactante, con el conocimiento del pasado, reflexionar sobre cómo Rosetta, Losanna, Ninì y Marta fueron, en el Milán de 1933, las primeras valientes y desafortunadas combatientes de una larga lucha contra un pensamiento común e inquebrantable en la mente de tantos italianos (y, desgraciadamente, una introyección en las italianas): ese pensamiento según el cual «el fútbol no es deporte para señoritas», afirmación normalmente atribuida a Guido Ara, mediocentro del Pro Vercelli en las primeras décadas del siglo xx.³

¿DEPORTE «MASCULINO» Y DEPORTE «FEMENINO»?

La frase de Ara contiene, en realidad, dos frases correlacionadas: 1) el fútbol no es un deporte para mujeres; 2) solo los verdaderos hombres pueden jugarlo (o también: te conviertes en un verdadero hombre jugando este deporte y no otro). Afirmaciones que, desde hace tiempo en Italia, son opiniones completamente naturales.

Para poner en un aprieto estas afirmaciones, tan solo es necesario dar una vuelta por el extranjero: intentad decirle la cita a un amigo estadounidense y luego a uno australiano. El primero se escandalizaría al oír algo así, pues en EE. UU. el fútbol es deporte de equipo femenino por excelencia, sobre todo a nivel universitario,¹ donde se contraponen al cuarteto de deportes nacionales «masculinos», es decir, el fútbol americano, el baloncesto, el béisbol y el hockey sobre hielo. Pasando de la práctica puntual a la práctica competitiva, bastaría que nos contasen la intensa disputa con el presidente Trump sobre una posible invitación a la Casa Blanca durante el torneo mundial de 2019, y posterior desfile con la Copa del Mundo en Nueva York, para comprender hasta qué punto Megan Rapinoe, Alex Morgan y sus compañeras fueron los verdaderos iconos de la patria.² Luego

sería el turno del australiano, que nos revelaría que, al estar el mundo deportivo australiano masculino monopolizado tradicionalmente por el «viril» rugby y el fútbol australiano (una extraña mezcla entre rugby local y fútbol gaélico), para él el fútbol es un deporte para nenazas, así como para inmigrantes —de hecho, es el deporte favorito de los niños con raíces italianas y/o eslavas—.³ Sin embargo, Australia tiene una selección nacional femenina muy fuerte, primera contrincante de Italia en el Mundial francés de 2019, en el que las italianas tuvieron que hacer una notable proeza deportiva para derrotarlas, que fue culminada por el doblete de Barbara Bonansea, reconocida por muchos observadores y por las italianas como el punto de no retorno dentro de ese debate entre la propia Italia y la idea del fútbol femenino.⁴

Así es. Porque el prejuicio del que estamos hablando —ese por el que una mujer no debería jugar a fútbol—, lejos de ser «natural» es, por el contrario, una construcción social (como se entiende el rol decisivo que ejerce la educación recibida desde pequeños en la que se diferencia entre juegos «de señoritas» y juegos «de hombrecitos»);⁵ además de estar geográfica e históricamente condicionado. De hecho, por cómo se han desarrollado las diferentes historias nacionales,⁶ las mujeres que deseaban patear el balón y entrar en ese campo ocupado por hombres, a veces se han encontrado la puerta cerrada (incluso con doble cerrojo) y otras veces abierta; en casos extremos, como el de las estadounidenses, no se encontraron a nadie en el campo y pudieron ocuparlo sin ningún impedimento.

Si hasta ahora habíamos hablado de los condicionamientos geográficos, deberíamos entrecruzarlos con los históricos: nuestro presente no ha sido así siempre, y podría cambiar, como queda demostrado por el hecho de que gracias (pero

no solo) a las hazañas de las #RagazzeMondiali de la selección nacional de fútbol femenino en el Mundial de Francia de 2019, el fútbol femenino está empezando a ser aceptado socialmente también en nuestro país. No es de extrañar: si las diferentes historias del deporte nacional están llenas de ejemplos de disciplinas «masculinas» y «femeninas» que a lo largo de los años han cambiado de signo (a veces incluso más de una vez);⁷ Italia nos ofrece un claro ejemplo: el del baloncesto. Durante los años treinta, de hecho, el régimen fascista intentó de todas las maneras hacer propaganda del baloncesto como deporte de equipo adecuado para mujeres, gracias a la presencia de variantes reglamentarias respecto al juego actual que impedían el contacto físico entre las jugadoras;⁸ no pasó lo mismo con el voleibol, una disciplina poco conocida y practicada en Italia en ese momento. Fue en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial cuando el voleibol empezó a enseñarse (sobre todo en las escuelas) a niñas y mujeres; imponiéndose entre los años setenta y ochenta como «el» juego de equipo femenino que se correspondía perfectamente con el fútbol para los hombres.⁹ Una clara división de género que los niños y niñas han asimilado, no solo en los campos de juego y los parques de la península, sino también en casa a través de las series de Mila y Shiro por una parte, y Oliver y Benji por la otra. Esto convencía a los más escépticos de que, si esa «división del trabajo» deportivo era válida en el país del sol naciente, tan lejano y diferente del nuestro, debía ser entonces algo universal y, por lo tanto, natural.¹⁰

¿ITALIANAS QUE JUEGAN AL FÚTBOL?

Al igual que el fútbol masculino, el fútbol femenino nació en Inglaterra en el siglo XIX, pero —y este fue su pecado original— con algo de retraso: por ello las mujeres fueron consideradas inmediatamente como intrusas, primero por los futbolistas de las escuelas públicas y luego por la masa proletaria entre la que se extendió.¹ En la posguerra, en diversas naciones europeas (Francia la primera), nacieron nuevas experiencias de fútbol femenino² que, sin embargo, entraron en una profunda crisis a principios de los años treinta diezmadas por las prohibiciones de la Federación Italiana de Fútbol masculino³ (la prohibición de la asociación de fútbol que truncó el entonces sólido fútbol inglés, nacido entre las trabajadoras de las industrias de la Gran Guerra, las *munitioñettes*) y/o por los prejuicios de la prensa, deportiva o no, signos de un clima general de «vuelta al orden» de las sociedades occidentales tras las «locuras» de los años veinte.⁴

¿Y en Italia? En 1915, cuando el inglés Herbert Kilpin conmemoró los tiempos ya lejanos de la leyenda de 1899, momento en el que fundó el Milan junto a otros, y citó a la familia Heyes, de entre los apasionados que se encontraban ese domingo en el parque Trotter para jugar a ese nuevo juego

llamado *football* (o *folber*, como se le llamó durante años en los campos lombardos, y como escribió Gianni Brera),⁵ entre estos excéntricos extranjeros se encontraba también la señorita Marta junto a sus dos hermanos: la «hermosa señorita Marta», que jugaba, sí, pero —añadió enseguida Kilpin para tranquilizar al lector— «solo en los entrenamientos... La joven

tenía un disparo fortísimo y un coraje a prueba de todo; de hecho, se lanzaba contra el mediocampista con la energía de un futbolista experimentado. Por lo tanto, ella fue una de las pioneras del fútbol en Italia, pero la noble señorita ha sido injustamente olvidada y hoy es desconocida».⁶

Si afirmamos que, a la luz de los datos actuales, el Club de Fútbol Femenino fue el primer equipo de fútbol femenino en Italia⁷ no significa en absoluto asegurar que, antes de 1933, ninguna italiana hubiese pateado un balón o que las mujeres más valientes hubiesen sido expulsadas de la asamblea de sus compañeros masculinos que se dedicaban a jugar al fútbol. Los pocos testimonios al respecto nos cuentan, por el contrario, una historia diferente. Galeotto fue un ejemplo de apoyo para una tal Laura Capon de dieciséis años, futura mujer de Enrico Fermi: en 1924, jugando entre amigos por pura diversión en Roma, el joven profesor de Física se vio obligado a aceptar a esa chica desconocida en su equipo. Analizándola de arriba abajo, le exigió: «Señorita, usted jugará de portera, nosotros nos encargaremos de ganar»; tan solo que, «en un momento dado, el profesor perdió la suela de la zapatilla, cayó y le quitaron el balón, que fue interceptada providencialmente por Laura».⁸ Cuatro años después, en las Olimpiadas de Ámsterdam, cuando fue a recoger la medalla

de plata de las manos de la reina Guillermina de los Países Bajos, la gimnasta paviana Carla Marangoni le confesó a la soberana holandesa que, entre otras cosas, jugaba a *football*. Si avanzamos hacia la definitiva desaparición del régimen, entre 1943 y 1945, Maria Angela Gobbi, milanese transferida a la provincia junto a su familia, aprendió a jugar al fútbol en las calles de Saronno, y fue aceptada por sus compañeros masculinos: su padre, excapitán del Club de Hockey de Milán, le regaló por su cumpleaños unas zapatillas de fútbol.⁹ Volviendo al Club de Fútbol Femenino, Giovanna Boccacini Barcellona, entrevistada en 1933 por el enviado de *Amica*, explicó que no se veía capaz de salir al campo con sus hermanas, pues era una mujer casada, un límite social infranqueable para la práctica deportiva. No obstante, añadió, con picardía, que, durante el verano, «en la montaña», lejos de miradas indiscretas y «con total libertad...».¹⁰ Un «quiero y no puedo» que reflejaba claramente que lo que estaban haciendo las hermanas pequeñas distaba mucho de cuatro patadas a un balón por mera diversión durante el verano.

Del mismo modo, la experiencia deportiva del Club de Fútbol Femenino no debe confundirse con un fenómeno que, incluso a los observadores más distraídos, les pareció que se superponía al experimento milanés: ese de los partidos falsos donde algunas *girls* (es decir, bailarinas de revista) bajaban al campo para jugar al fútbol, a menudo contra equipos masculinos.¹¹ Aunque no se tratase de un espectáculo de feria, seguro que había alguno que se beneficiaba, no tanto de ver a mujeres dándole patadas a un balón, sino de comerse con los ojos las piernas de las chicas. Así, por ejemplo, en enero de 1931 en Nápoles, una «multitud [...] enorme»¹² se acercó para ver a las once bailarinas de un espectáculo de variedades en la ciudad, contratadas para un duelo contra los empleados de

la fábrica textil Giorgio Ascarelli.¹³ Precisamente el carácter «carnavalesco» del evento y la condición de mujeres de variedades de las jugadoras permitían encuentros de esta clase (¡incluso mixtos!), y a las futbolistas salir al campo en pantalones cortos. De hecho, estaba claro que era un espectáculo improvisado, un agradable descanso de la gira para desconectar un poco de la actividad escénica y, tal vez, ganar algo de dinero: realmente no iban en serio.

UNA NUEVA PRÁCTICA SOCIAL: LA AFICIÓN FEMENINA

Si queremos comprender los orígenes del «experimento» que, durante casi un año, involucró a treinta (cincuenta durante el apogeo) mujeres milanesas, es necesario mirar no más allá de los Alpes,¹ sino hacia las gradas de los estadios italianos, especialmente el del Inter de Milán, Arena Cívica, y el del A. C. Milan, San Siro. De hecho, las apasionadas «*tifosinas*» (término utilizado en la época para definir a las «hinchas», no necesariamente jóvenes)² provienen de ahí, quienes, cansadas de ser espectadoras pasivas, en 1933 decidieron salir al campo imitando a sus ídolos futbolistas masculinos.³

Pese a haber sido un fenómeno sociológico muy poco estudiado hasta ahora, la afición femenina ya existía en esa época en Italia,⁴ donde florecía gracias a una serie de condiciones sociales favorables. Por una parte, se recuerda cómo el principio de los años treinta fue el período en el que, «mientras [...] se apagaba [...] la esperanza de que los italianos se convirtiesen en un pueblo de deportistas activos, el fascismo buscó, por lo menos, convertirlos en un pueblo de espectadores e hinchas».⁵ En concreto, el precio relativamente bajo de las entradas para los partidos de fútbol⁶ permitía que las mujeres (jóvenes y adultas) pudiesen acceder sin muchos

obstáculos a los estadios donde se practicaba, con el ciclismo y el boxeo,⁷ lo que era, sin lugar a dudas, el deporte más seguido en Italia.⁸

La afición femenina, por otra parte, se incluía dentro de un abanico de nuevos fenómenos relacionados con el modelo de «mujer nueva» que propagaba el régimen, sobre todo entre las jóvenes generaciones de las grandes ciudades, y basado en los «modelos de feminidad alternativos a los tradicionales: activos, deportivos, culturales, participativos en la vida pública. En definitiva, a la par con la modernización femenina de otras naciones occidentales».⁹ Una propuesta obviamente instrumental y ambigua en el momento en el que se pretendía «que esas mujeres, una vez alcanzada la edad para contraer matrimonio y para la maternidad, se retirasen a la vida doméstica».¹⁰ A pesar de eso, estos modelos implicaban, desde un punto de vista espacial, la posibilidad de salir de casa y alejarse temporalmente «del control doméstico y patriarcal»,¹¹ como es el caso de la práctica deportiva, considerada históricamente como «un instrumento de libertad y de emancipación de las tradiciones. Al participar en actividades gimnásticas y deportivas, las mujeres podían salir, viajar, ejercitarse y mostrar libremente su cuerpo», no obstante, esto tan solo era un resultado meramente accidental de la propuesta deportiva del régimen, el cual sostenía que «la actividad física practicada por las mujeres estaba destinada esencialmente a reforzar el cuerpo de las futuras madres».¹² Semejante movimiento de escapatoria, de descubrimiento del mundo, interesaba hasta a las más pasivas *tifosinas*, involucradas a veces en partidos fuera de casa. Durante los partidos, las amas de casa se encontraban en un espacio público masculino como eran los estadios y donde podía pasar de todo: incluso llevarse una bofetada de

un desconocido porque, siendo chicas ingenuas en su primer partido, podían emocionarse sin querer porque el árbitro pitase penalti en contra del propio equipo.¹³ Cosas que les podía suceder a las pocas valientes que osaban presentarse solas en medio de los hinchas masculinos: aunque muchas otras decidieron empezar a organizarse en pequeños grupos de amigas con tal de liberarse finalmente de la tutela de maridos, prometidos, hermanos y padres, quienes hasta hacía algunos años acompañaban a las pocas italianas que se aventuraban a los estadios.¹⁴

El régimen fascista nunca frenó ni limitó oficialmente esta presencia femenina, a diferencia de lo que hizo con las mujeres que practicaban deporte a partir de la célebre sesión del Gran Consejo el 16 de octubre de 1930.¹⁵ Después de todo, hubo una cuestión que no consideraron las *tifosinas*, pero que en aquella ocasión insistieron —y reiteradamente— que debía ser la base para cualquier discusión sobre la mujer y el deporte en la Italia fascista: la maternidad. En el estadio, las mujeres se limitaban a observar sin sobre esforzar sus cuerpos potencialmente maternos.

UN PASATIEMPO PARA LAS CIUDADANAS (¡Y PARA LOS MILANESES!)

Si abrimos las páginas de una revista femenina milanesa, *La Signorina*, en el número de enero de 1933, podremos leer la carta de Maù Campolongo en la que la lectora defendía a esas chicas que querían leer «un periódico deportivo, y no esas revistas moradas y azules llenas de cinemanía», y preguntó: «¿Qué sería más conveniente para el interés de una niña que quizás trabaja todo el día y dispone del sábado inglés¹ ahora que se ha puesto tan de moda?». Si, de hecho, «no hay nada como el trabajo de oficina para apagar la ambición y la chispa de entusiasmo en el espíritu»; es necesario

tener algo que reavive nuestra existencia, algo que nos ofrezca la posibilidad de estar en contacto con el mundo. [...] ¿Y si nuestra alma es joven y entusiasta y no quiere otra cosa que un pretexto para encenderse? He aquí entonces el amor por el deporte y, sobre todo, por el interés en los partidos y en las competiciones deportivas, que es tan viejo como la civilización.²

La procedencia milanesa de esta misiva, las referencias al trabajo de oficina y al «sábado inglés» son muy reveladoras. De hecho, a nivel social, la afición femenina en los años treinta

era accesible sobre todo para las ciudadanas provenientes de la clase trabajadora y de la pequeña burguesía (aunque también se dejaban ver algunos artistas por aquí y por allá),³ nada de obreras ni campesinas. Se trata, por otra parte, de las mismas clases sociales de las que provenían Ondina Valla y Claudia Testoni, las nuevas estrellas del deporte femenino italiano de corte fascista, quienes, gracias al régimen y en la Bolonia de Arpinati, tuvieron acceso a la práctica que, de otra manera, hubiera sido impensable para ellas.⁴ La ganadora del oro olímpico en los 80 metros vallas en Berlín 1936, ahora ya anciana, recordará cuando ella, Claudia y otras compañeras de la Bolonia Deportiva «corrían juntas todos los domingos para ver el partido de fútbol»⁵ en el Estadio del Littoriale (hoy Dall'Ara), inaugurado en 1927 por Arpinati.

Por los testimonios que sobrevivieron, parece ser que Milán era el epicentro del fenómeno de las *tifosinas*,⁶ pues en la ciudad, y sobre todo en ambientes laborales, en lugar de encontrar obstáculos, debían defenderse de la presión social que les ejercían para convertirse en hinchas, así como para compartir la misma pasión de los colegas masculinos de la oficina (otro ambiente «mixto», además del estadio), tal y como lo contó Serena, otra lectora de *La Signorina*:

porque en mi oficina [...] mis colegas hablan a menudo de deportes en general y de partidos de fútbol en particular y más vale que yo también sepa qué hace el Milan y el Ambrosiana, ¡y todos los demás equipos si quiero participar en la conversación! No pretenderá que esté siempre callada como una compañera mía (pero esa es mayor, pobrecita), ¡que no sabe ni quién es Meazza!⁷

No es casualidad que Luisa Boccacini, de 27 años, licenciada en contabilidad y una de las futbolistas más antiguas del

Club de Fútbol Femenino, trabajase en una oficina milanesa de Montecatini en 1933. Y Brunilde Amodeo, su compañera del club e interista como ella, también tenía un trabajo de oficinista: al ser su hermana Wanda milanista, el hermano mayor de ambas, Bruno, se divertía llevándolas al derbi para verlas discutir durante el partido.⁸

Sí, porque Giovanna, Marta y Rosetta Boccalini animaban al Ambrosiana-Inter, uno de los equipos de la ciudad de Milán a la que se mudaron desde Lodi con sus padres Francesco y Antonietta en 1927.⁹ Como demuestra una foto¹⁰ estupenda probablemente tomada algún año antes del estallido de la guerra, fue Giovanna quien educó a su hijo mayor Giacomo (muerto en 1943) en la fe interista, llevándole cada domingo a ver las hazañas de Meazza y de sus compañeros; cuando, más adelante y tras el final del conflicto, el Inter se traslada a San Siro (a partir de la temporada 1947-1948),¹¹ Giovanna hará lo mismo con su sobrino Giovanni.¹²

Podríamos suponer que, al igual que tantas otras compañeras hinchas y luego compañeras de equipo,¹³ estas chicas recientemente urbanizadas en la «Gran Milán» de principios de los años treinta encontraron apoyo en uno de los dos equipos de fútbol de la ciudad y también una manera para integrarse en la nueva realidad social a la que habían inmigrado, según una dinámica que, décadas después, afectará a otros tipos de mujeres migrantes en Italia.¹⁴ Lo que podemos imaginar más fácilmente es la emoción que sintieron las chicas en el momento en que, la mañana del 9 de julio de 1933, entrevieron, en mitad del numeroso público que fue a ver el último partido público del Club de Fútbol Femenino en el campo del *dopolavoro* del Isotta Fraschini, a algunos jugadores ambrosianistas capitaneados por Luigi Allemandi. El presidente Fernando Pozzani,¹⁵ quien acompañaba a los

jugadores junto con otros dirigentes del Inter y del Sparta Praga (equipo invitado, a quienes ganaron por la tarde en la semifinal de vuelta de la Copa de Europa Central de 1933), quiso felicitar personalmente a las futbolistas tras el partido. Utilizando quizás un francés que una estudiante de instituto de 1933 pudiera entender, el capitán del equipo checoslovaco, Jaroslav Burgr,¹⁶ le regaló caballerosamente a Rosetta Boccalini algunas entradas para el partido de la tarde en el Arena. Más adelante, cuando la aventura de las futbolistas finalizó y Rosetta se dio al baloncesto, ganando en tres ocasiones consecutivas el título nacional con sus compañeras del Ambrosiana (1937, 1938, 1939), se reencontró con Pozzani como presidente, pues el equipo de baloncesto femenino era parte integrante del club de fútbol masculino y la «Meazza con faldas» (como la rebautizó el enviado de *La Gazzetta dello Sport* en 1933) tendría la oportunidad de, en los eventos sociales, encontrarse con Meazza en persona.¹⁷

TIFOSINAS BASTANTE POLÉMICAS

Antes de hablar del cambio de afición pasiva a fútbol activo, es necesario detenerse un momento en un aspecto fundamental de la experiencia social de las *tifosinas*, sin el cual no podríamos comprender cómo unas chicas de poco más de veinte años fueron capaces de, durante meses, lidiar con la *crème de la crème* de los periodistas, directivos deportivos e incluso jefes desde un punto de vista ideológico y retórico, entrando de lleno en argumentaciones ajenas, desmontándolas y proponiendo puntos capaces poner en crisis la ideología deportiva fascista sobre las mujeres.

En los años treinta, las *tifosinas* no se limitaron a quedarse calladas sentadas en las gradas o a leer periódicos deportivos. Desde el momento en el que la prensa nacional (deportiva, pero no solo esta) empezó a hablar sobre ellas de tanto en tanto —a menudo para burlarse de esta nueva presencia en las gradas que, más o menos, todos los aficionados de los estadios italianos habían aprendido a aceptar— las *tifosinas* empezaron a escribir cartas a los periódicos (publicadas y no rechazadas), a participar en los típicos sondeos de esos años, a organizarse para asistir juntas a los partidos de su equipo o de la selección.¹

No obstante, muchos periodistas, hinchas y simples aficionados, tenían mucho que decir sobre la llegada (no a las gradas, donde hasta hacía unos años las mujeres aceptaron acudir exclusivamente acompañadas por los hombres) de los sectores populares y de las hordas, cada vez más numerosas, de inquietas *tifosinas*, intrusas en aquel estadio que, incluso en 2019, el conocido polemista Massimo Fini alababa todavía como «un templo donde se celebraba un rito entre hombres», y que, por lo tanto, «debería prohibírsele a las mujeres».²

Si nos fijamos en los prejuicios de los que estas últimas tuvieron que defenderse, es inevitable percatarse de los similares que son (¡en algunos casos hasta coincidían!) a los que las pioneras del fútbol femenino en Italia tuvieron que afrontar en 1933. A las *tifosinas* se les acusaba de todo, y de todo lo contrario: de no entender nada del espectáculo futbolístico al que asistían (como lo demostraba el hecho de que se maquillasen y se pintaran los labios); de llenar la ausencia de un «conocimiento» real con un exceso sentimental de pasión futbolística, lo que las llevaba a adoptar actitudes alborotadoras (sobre todo por los famosos gritos estruendosos de los que se quejaban muchos hinchas históricos), totalmente reprochables en el sentido de que, como mujeres, deben hacer del autocontrol una religión, especialmente en lugares públicos, bajo pena de perder la elegancia y, por lo tanto, atractivo matrimonial; de utilizar el estadio como punto de encuentro amoroso con sus amantes, aprovechando la confusión de los sectores populares; de intentar acercarse a los jugadores al final de partido, nuevo objetivo matrimonial de las italianas; de ser, con su mera presencia (las acusaban los moralistas), motivo de pecado continuo para el tropel de viciosos y maníacos de la más diversa calaña que, por lo que parece, no escogían los mejores sitios para ver las jugadas de

Meazza y Schiavo, sino para ver las piernas de las jóvenes y esbeltas *tifosinas*.³

Frente a semejantes ataques directos, muchas de ellas, acostumbradas y educadas por los demás a ser lectoras activas de la prensa italiana de la época, que proponía continuamente preguntas, encuestas y sondeos (¡mientras no se tocase el tema de la «política»!),⁴ cogieron pluma y papel, y respondieron y contraargumentaron continuamente: porque su «conocimiento» del fútbol era, obviamente, real y verdadero; iban al estadio no para ligar con hombres, sino para seguir de cerca las hazañas de sus campeones, de los que apreciaban, sobre todo, la habilidad técnica (si además, como era el caso de Schiavo, eran unos chicos bien guapos, ¡pues eso que se llevaban!); su pasión tal vez sí que estaba un poco por encima de la línea de muchos fríos aficionados masculinos, pues las chicas apoyaban, por el contrario y por encima de todo, a su once favorito, apreciando especialmente a esos jugadores que, a pesar de las dificultades, nunca se «rendían» y llevaban los colores hasta el final.⁵

Los periodistas, jueces y protagonistas de tales polémicas sobre la afición femenina, les llamaron la atención y fueron cuestionados por las *tifosinas* e impresionados por encontrarnos no solo las mismas dinámicas (por ejemplo, los rumores de muchos interlocutores masculinos; el coraje de algunos valientes que se atrevieron a ver en serio a las chicas desde las gradas;⁶ el deseo de muchas lectoras de decir su opinión sobre ese experimento de fútbol del que solo conocían lo que habían leído en la prensa),⁷ sino también, en ocasiones, incluso los nombres⁸ en el momento en el que pasamos de estas polémicas a aquellas que nacieron por una simple y abrupta pregunta de Ninì Zanetti hecha al final del verano de 1932, año x de la era fascista: «¿Por qué no?».⁹

LAS PREGUNTAS DE NINÌ: DE LA AFICIÓN PASIVA AL FÚTBOL ACTIVO

Para proporcionar a los lectores de *Amica* un ejemplo apropiado de la «comunidad de “hinchas” [...] de los equipazos que compiten en el campeonato nacional», en 1933, el enviado de la revista quiso conocer personalmente a las últimas jugadoras del Club de Fútbol Femenino y contó cuánto le había «retumbado en el oído la voz nada... remilgada» de Ninì Zanetti: «Créalo, ¡casi me desmayo al enterarme de la derrota del Ambrosiana a manos de la Fiorentina!».¹

Fue ella quien, en el verano de 1932, escribió una atrevida carta a *La Domenica Sportiva*, preguntando al semanal de *La Gazzetta dello Sport* por qué en Italia no podía «existir un equipo de fútbol femenino», conformado por hinchas milanistas e interinas. Si, de hecho,

la mujer está presente en casi todos los deportes, [...] entonces ¿por qué no debe estar también en el fútbol, que es el deporte que más apasiona de todos, el que más lleva a la masa a entusiasmarse? Nosotras, las mujeres que hasta hoy hemos sido aficionadas, mañana podríamos jugar con la misma pasión; con el mismo entusiasmo con el que hoy admiramos a nuestro equipo. ¡Para mí el Ambrosiana!²

El paso de afición pasiva a fútbol activo era totalmente consecuente, para la joven hinchada Nini, según una dinámica de extensión analógica que veremos en acción algún año más tarde dentro de una polémica relacionada con la afición femenina. Cuando, entre finales de 1937 y principios de 1938, los presidentes del Ambrosiana-Inter, Fernando Pozzani, y del Napoli, Achille Lauro, se unieron a la apelación de *Il Calcio Illustrato* con tal de que se les permitiese la entrada gratuita a las mujeres en el estadio, ningún otro club les siguió: sin embargo, llegaron a la redacción de Milán cartas de hinchas milaneses enfurecidos (aficionados del A.C. Milan) y de Roma, que preguntaban por qué los presidentes masculinos de sus equipos no hacían lo mismo con la concesión de la gratuidad.³ En tiempos de dictadura, es cierto que no se podían reclamar derechos, pero recordar las concesiones ya hechas (el régimen sí quería el deporte femenino) y solicitar la consecuente extensión sí que era una estrategia viable, y que las pioneras del fútbol femenino y sus seguidores masculinos⁴ utilizaron durante los meses siguientes, siempre al filo de la navaja.

A LA LUZ DEL DÍA: LAS CONDICIONES DEL FÚTBOL

Entre el dicho y el hecho hay, de por medio, todo un océano. A diferencia de otras actividades potencialmente subversivas, y de otros tantos deportes como los individuales, el fútbol tiene algunas condiciones particulares en su naturaleza¹ que no podemos obviar cuando intentamos analizar los obstáculos que Ninì Zanetti y sus «compañeras de fútbol»² no pudieron solventar en un santiamén; si nos pusiésemos a contar los silenciosos meses que separaron la publicación de la carta por parte de *La Domenica Sportiva* (agosto 1932) del comunicado oficial del nacimiento del Club de Fútbol Femenino (febrero 1933), de los que, por ahora, nos disponemos ninguna fuente histórica...

Antes de nada, el fútbol necesita al menos veintidós jugadores (jugadoras, en este caso), sin contar las reservas, los acompañantes y entrenadores, árbitros: no sirven las cuatro, cinco amigas de la infancia o de células clandestinas. Sin embargo, como ya hemos visto, con su gran número de seguidores, ninguna otra ciudad podía competir con Milán como difusora del fenómeno, ni siquiera los centros urbanos (Turín, Bolonia, Trieste) que por entonces albergaban los mayores núcleos deportivos femeninos de Italia. Es más,

quizás el hecho de que, por el momento, en la ciudad no hubiese muchas alternativas para las milanesas deseosas de practicar deporte³ ayudase involuntariamente a aumentar el portentoso grupo de seguidores del Club de Fútbol Femenino.

En segundo lugar, el fútbol es una actividad que debe desarrollarse en el exterior y, aún más, concretamente en un campo regulado que no se puede ocultar a la mirada del poder. La solución que encontraron los Aquile Randagie —los escultistas milaneses (y no solo eso) que decidieron, durante el *ventennio* fascista, a pesar de la disolución forzada de los equipos, continuar con su actividad en la remota Val Cordera, y lo lograron durante muchos años— no era viable en absoluto para las *tifosinas* milanesas. Una cosa eran las cuatro patadas al balón que ya le daban algunas fundadoras del Club de Fútbol Femenino durante el verano de 1932 frente a la mansión de Castiglioncello (Livorno) del conocido jerarca milanés Attilio Teruzzi —una actividad similar al deporte que, hoy por hoy, todos, tarde o temprano, intentamos hacer durante una mañana en la playa o en el complejo turístico—⁴ y otra era fundar un club de fútbol, dotado necesariamente de estabilidad, visibilidad y reconocimiento, no solo social, sino también político, teniendo en cuenta la dictadura fascista, que no hubiera permitido la existencia de un grupo deportivo clandestino.⁵

Y la tercera condición está ligada a que fueran mujeres jóvenes. A diferencia de los chicos del Aquile Randagie, libres para tomar un tren durante el fin de semana y llegar a los pueblos de montaña, las chicas deseosas de jugar al fútbol debían hacerlo en la ciudad, bajo el ala protectora de respetables hombres adultos (en su caso, el vendedor de vinos y vermut Ugo Cardosi)⁶ y con el permiso de sus padres,

teniendo en cuenta que hasta los veintiún años no tenían la libertad de hacer lo que quisiesen. Como recordaba la célebre periodista y escritora Mura a una de sus lectoras que deseaba huir atravesando el océano en 1933, «por ahora es completamente necesario obedecer a papá: hasta los veintiún años una mujer no es dueña de su voluntad, por lo que no sería posible marcharse a América».⁷

LA LUCHA FUERA DEL CAMPO POR EL DERECHO A JUGAR

Mientras las chicas resolvían uno por uno los problemas prácticos y organizativos, con tal de poder salir al campo en el primer partido de entrenamiento el domingo 19 de marzo de 1933,¹ comenzaba —al principio entre Milán y Roma y luego en toda Italia— un tipo de partido muy diferente, del cual nacería la posibilidad de que las chicas disputasen los encuentros. Guiadas por un Directorio compuesto por las jugadoras más veteranas,² hubieran podido entablar una verdadera batalla ideológica y verbal³ contra los opositores del fútbol femenino, quienes estaban dispuestos a abrir fuego de contención en cuanto empezase a circular la noticia. Las primeras futbolistas de Italia no se escondieron: al contrario, fueron ellas las que dieron la noticia; las que les proporcionaron a las redacciones la foto que se hicieron adrede en un estudio, cuando pisar el césped todavía era un sueño lejano; las que redactaron y difundieron su reglamento, y luego lo discutieron con las redacciones periodísticas y con los lectores de media Italia. Si Ugo Cardosi fue el alentador presidente que, gracias a sus conocimientos, infundía un aura de respetabilidad durante todo el proceso, fue el nombre de la volcánica e indomable portavoz del Club de Fútbol

Femenino, Losanna Strigaro,⁴ al que los redactores de la sección de lectores aprendieron a entender y, con el tiempo, a respetar y a tomarle el pelo amistosamente por su incansable propaganda del fútbol femenino.⁵

Al mismo tiempo que se entablaba esta batalla con los periódicos, había otra de la que era difícil sobreponerse y que se jugaba en un plano institucional: bajo el régimen fascista, las chicas sabían que tenían pedir permiso incluso para entrenarse entre ellas, y lo obtuvieron, gracias también a la fortuita coincidencia de encontrarse, en el punto más alto del CONI romano, a un interlocutor del calibre de Leandro Arpinati, jerarca boloñés con una mentalidad muy abierta respecto al deporte, quien primero emitió una circular interna fechada el 15 de marzo de 1933 que se resumió más adelante en el conciso comunicado de *La Gazzetta dello Sport* el 1 de abril de 1933.⁶ Sin embargo, si se piensa en retrospectiva, si no hubieran arriesgado el pellejo durante el último mes de vida «virtual» (desde mitad de febrero a mitad de marzo) en el que se lanzaron sin ninguna protección política importante, incluso para Arpinati hubiese sido difícil tomar esa decisión que lo puso, de hecho, en desacuerdo con una parte de la opinión pública deportiva italiana.

LOS PREJUICIOS DE 1933

Dejando a un lado la perspectiva cronológica,¹ intentemos organizar la gigantesca ola de prejuicios que se cernió en unos pocos meses sobre las desventuradas futbolistas milanesas (y luego sobre las alessandrinas), con tal de reconocer los prejuicios-tipo que nos ayuden a entender mejor por qué tantos se oponían al experimento del Club de Fútbol Femenino.

La primera razón se dio en marzo de 1933 en las páginas de *Lo Schermo Sportivo*, con la que intentaban explicar por qué «una mujer no puede ser una futbolista seria» e «higiénica» (como se decía en la época con el sentido de «saludable»), es decir:

Los esfuerzos debidos al fútbol y las consecuencias de los balonazos en ciertas partes del cuerpo, o de las patadas, etcétera, pueden resultar perjudiciales para su físico —como no lo son para el hombre, constituido de manera diferente— y comprometer de manera irreparable la función de la maternidad, motivo por el que han sido creadas.²

En estas pocas líneas se encuentra el resumen de una condena «interna» particularmente fiel a la *ratio* de la ideología fascista sobre el fútbol femenino: si el objetivo final de dicha actividad era, en efecto, la futura maternidad de las mujeres, el

fútbol era entonces consecuentemente perjudicial para ellas, principalmente por los esfuerzos que se requieren y que se consideran excesivos,³ sobre todo comparados con otras disciplinas. Este será el punto de inicio del artículo del periodista de Busto Arsizio Luigi Ferrario, quien, admitiendo que la propuesta deportiva del régimen carecía de «juegos de equipo»,⁴ concluirá aconsejando a las futbolistas que redirijan su apreciable y «maravilloso entusiasmo» deportivo hacia disciplinas que fuesen «menos espectaculares, pero más útiles», como, por ejemplo, el voleibol, el *cachibol* y, sobre todo, el baloncesto, que, una semana después, se promocionaría entre las universitarias con motivo de los lictores del deporte en Turín: todos estos deportes de equipo «ya en curso y aprobados por las jerarquías», con el fin de «encontrar el camino apropiado para practicar de forma sana y útil el juego»,⁶ evitando el esfuerzo excesivo que requiere el fútbol.⁷ La segunda preocupación «fisiológica» expresada por *Lo Schermo Sportivo* era la relacionada con los balonzos que las mujeres podrían recibir en las partes íntimas, con consecuente atentado a la preciada (para el régimen) salud reproductiva de las futuras madres: era esta posibilidad de «traumas violentos», inevitables en este «fútbol viril y rudo, a la par que elegante»,⁸ que llevaba a *Il Regime Fascista* a preguntarles a las milanesas: «¿Por qué dedicarse precisamente a este deporte que ya es tan peligroso para los hombres?».⁹

El segundo gran argumento en contra del fútbol femenino que dio *Lo Schermo Sportivo* concernía no al cuerpo femenino en sí,¹⁰ sino a lo que este podía provocar en los observadores externos: la pérdida de la elegancia, es decir, eso que deberían tener en la más alta estima por la importancia que tenía a los ojos de los hombres.¹¹ El doctor Giuseppe Poggi Longostrevi, que visitó a las futbolistas, lo afirmaba también en su famoso

manual publicado ese año en Milán: «Todo deporte femenino debe considerarse una desviación de lo bello».¹² Según la revista milanesa, había deportes que preservaban esa cualidad afeminada y el fútbol no estaba entre ellos

porque la mujer es, y debe ser, sinónimo de elegancia y amabilidad, y si estas cualidades no se desvirtúan en deportes como el tenis, el patinaje, la gimnasia rítmica y similares, desaparecen completamente en el fútbol, deporte rudo en todos sus aspectos, que provoca movimientos desgarbados, desacertados, ridículos. Imagínense por un momento a una mujer obcecada en quitarle el balón a una adversaria, sumida en el esfuerzo, con la cara contraída, o en un pase, o en un tiro... ¡Esas hermosas piernas que se levantan violentamente y esos balonazos en las partes más o menos blandas de las mujeres más delgadas!¹³

Según el napolitano Dario Argento, la búsqueda de la elegancia era lo que unía «los ejercicios físicos y los deportes modernos, precisamente adecuados para la mujer, y los adaptaba a esa concepción clásica del vigor y de la belleza que, en el mundo antiguo, inspiraban la eutimia de las danzas y de los diversos juegos de pelota y de carreras al aire libre». Recordemos cómo, durante aquellos años, los redactores de los periódicos deportivos, en un notable popurrí ideológico, se remontaban hasta arquetipos clásicos como el de la velocista Atalanta y el de la jugadora de voleibol Nausicaa, con una clara preferencia por la segunda.¹⁴ Si estos eran los arquetipos, Argento manifestaba toda su oposición hacia la «institución de fútbol para mujeres, como algunas *tifosinas* han exigido, defendido e intentado organizar», pues

los marimachos no son necesarios para la salvación de la raza, la atractiva complexión de nuestras generaciones futuras y la selección

progresiva del italiano superior. Se necesitan a las verdaderas mujeres, esas llenas de energía, con huesos y músculos fuertes, sí, pero no sin la necesaria suavidad y feminidad.¹⁵

Dada esta concepción compartida de la elegancia femenina, es sencillo averiguar dónde atacarían los enemigos de las futbolistas con las armas de la ironía y de la mofa sexista. Por una parte, algunos enseñaban, con una foto de las futbolistas milanesas en mano, cómo el esfuerzo y el rostro contraído, del que hablaban en *Lo Schermo Sportivo*, eran características documentables de las «mujeres futbolistas» y se preguntaban irónicamente: «¿Quizás el lector encuentre esto estético? Para nosotros no, y nos entristece por las hermosas milanesitas».¹⁶

Este «hermosas milanesitas» nos abre camino para entender otra retorcida expresión de *Lo Schermo Sportivo*: el sustantivo «bamboleo», refiriéndose no tanto a la falta de ropa íntima¹⁷ como a la constitución de las chicas. Como bien saben las atletas y las nadadoras italianas,¹⁸ ya estaba vigente uno de los problemas estructurales de la información deportiva italiana, el del sexismo que al grito de «“hermosas y capaces” [...] no reconoce plenamente el valor deportivo y los resultados de las mujeres»,¹⁹ que todavía hoy sucede en el fútbol femenino, como denunciaron las #RagazzeMondiali durante el Mundial de 2019 con la aparición de las primeras galerías de fotos incendiarias en cabeceras que parecían haberlas respetado hasta ese momento.²⁰ Sin embargo, el paso del tiempo se nota: si en el 2016 un periódico nacional describió a las italianas de la selección de tiro con arco que compitieron en Río como el «trío de las regordetas», provocando (con razón) un gran rechazo,²¹ en los años treinta no existía ninguna intención de avergonzar a las chicas por su físico al destacar que las futbolistas eran «jugadoras poco delgadas», es más, era, a su manera, ¡hasta

una apreciación estética positiva! El propio Poggi Longostrevi estaba en primera línea en la batalla propagandística que el régimen libraba a base de comunicados contra la mujer-delgada, el modelo femenino excesivamente delgado que venía de los años veinte: si la mujer que quería el régimen debía ser, ante todo, madre, era necesario que ganase algún kilo de más.²² Por tanto, muchos periodistas señalaron, con una pizca de prudencia, que no se hacía otra cosa que masculinizar a las futbolistas, mientras que, por el contrario, eran «todas elegantes y provocativas»,²³ aunque algunos humoristas no tardaban en ironizar ese atractivo con ilustraciones de dudoso gusto.²⁴

El tercer prejuicio atacaba, por el contrario, a las reglas especiales que se inventaron las chicas para demostrar a la opinión pública nacional y a las autoridades deportivas que no querían provocar ningún escándalo, sino que querían «practicar el fútbol de una manera femenina».²⁵ En concreto, los dos tiempos reglamentarios de veinte minutos (en lugar de los cuarenta y cinco para los hombres), el juego a ras de suelo, la prohibición de «las entradas», la pelota más pequeña, a lo que se añadió alguna semana después el uso de porteros masculinos: el criterio común era, claramente, el de atenuar el carácter excesivamente violento y estresante físicamente del fútbol masculino.²⁶ A esto se le añadía una regla estética relacionada con el vestuario: las chicas de Milán y Alessandria saldrían al campo llevando siempre una falda hasta las rodillas en lugar de los pantalones de las futbolistas del resto de Europa.²⁷ Si estas reglas acallaron preventivamente a muchos conservadores, todavía había algunos enemigos del Club de Fútbol Femenino que —ironía de las ironías— llegaban a criticar el carácter «racional», es decir, «reducido»²⁸ del fútbol que practicaban: «El campo es más pequeño; la portería es más estrecha; también el balón es más pequeño. Y el juego de

las señoritas es justo eso, un juego de señoritas que se juega con pies delicados». ²⁹ Aún más sorprendente, el periódico *L'Ora* atacaba la regla sobre los porteros, explicando que «las señoritas han creído oportuno, tras las primeras exhibiciones, el poner en la portería —¿sabéis a quién?— ¡A un hombre! Uno de los equipos tiene un muchacho de quince años...» (una pequeña inexactitud, ³⁰ probablemente hecha adrede, con el objetivo de molestar a los moralistas y evocar el tabú de la promiscuidad sexual deportiva): ³¹

Pues bien, que las mujeres jueguen al fútbol tiene un pase, pero en el momento en el que llaman a un chico, y no una chica, para ponerlo de portero defendiendo una red femenina, en ese momento las señoritas futbolistas están confesando que el fútbol tiene un sexo: ¡y es el masculino! ³²

L'Ora tenían también algo que decir sobre la falda, definida como antiestética, a diferencia de otras deportistas que habían aceptado vestir el mismo uniforme de sus colegas masculinos: «Un pequeño detalle quizás nos indica que el fútbol femenino es cosa de hombres». ³³

Para concluir con la lista de críticas hacia las reglas especiales del Club de Fútbol Femenino, el *Guerin Meschino* imaginaba que algún lector preguntaría: «Perdona, ¿qué tienen en común el fútbol femenino y el masculino?» y daría la importante respuesta: «Oh, muchísimo: las zapatillas, los calcetines, las tobilleras, las camisetas y los pantalones...» ³⁴ —pero, como ya hemos visto, ¡las futbolistas llevaban falda!

Al leer este tipo de críticas se entiende bien el posterior regreso, en la historia del fútbol femenino, de las vehementes reacciones de muchas futbolistas ante las propuestas de modificar el reglamento para adecuarlo «al rosa». No es solo

cuestión de un pasado ya remoto,³⁵ pensemos en el «no» a coro, por parte de las porteras de la selección que participaban en el Mundial de Francia de 2019 (Laura Giuliani incluida), ante la idea de Emma Hayes, mánager del Chelsea, quien propuso utilizar campos y, sobre todo, porterías más pequeñas con el objetivo de evitar ese «colador» en la defensa (EE. UU. 13-Tailandia o) y lograr así más comerciabilidad.³⁶

Pasamos, así, al cuarto grupo de prejuicios, perteneciente a la presunta coquetería de las futbolistas milanesas. Los detractores del Club de Fútbol Femenino destacaban (y tantas veces se sacaban de la manga cosas inventadas) algunos detalles por los que se hacía notar el carácter excesivamente «femenino» del fútbol practicado por las chicas milanesas, retratadas, por ejemplo, como obsesionadas por los problemas de vestuario y, sobre todo, de maquillaje incluso cuando salían al campo:

Las promotoras ya se han encontrado con graves problemas en el fútbol femenino. ¿Camiseta ancha o estrecha? ¿Con o sin mangas? [...] ¿Y las espinilleras? Para estas hay dos variantes. Las espinilleras, se dice, por una parte, que protegen los tobillos de las patadas de las colegas, pero arruinan la figura de estos; y, por otra, se objeta lo contrario: estas dañan la parte superior de las botas, tan de moda en esta estación. ¿Y el problema de los colores? ¿Rojo y negro o rojo y azul? ¿O amarillo y rojo? Hay jugadoras que prefieren el rojo fuego en los labios y el azul en los párpados. [...] El mercado ofrece de todo para una futbolista: camiseta, espinilleras, zapatillas, pintalabios y polvos para la cara acordes con los colores del equipo, y un pequeño espejito con brocha que puede usarse sin que el hincha se percate.³⁷

La estrategia implícita en este tipo de descripciones estaba clara: se le quería insinuar al lector la idea de que las futbolistas

—a la par de lo que estaban haciendo las *tifosinas* en los estadios— habrían desnaturalizado hasta tal punto el «masculino» ambiente del fútbol que practicaban un juego que solo compartía el nombre con el de los hombres.³⁸ Es necesario leer, desde esta perspectiva, las numerosas quejas ante el mínimo desacuerdo, con el consecuente miedo de todas las compañeras,³⁹ por algo que no hubiese dado de qué hablar en un equipo masculino, además de la importancia dada y su discusión continua sobre las chicas charlatanas del Club de Fútbol Femenino durante el partido.⁴⁰ A un nivel más bajo estaban las burlas que hacían sobre todo los periodistas humorísticos y los «viñetistas» intentando imaginarse deportistas reacias a revelar su edad real,⁴¹ o en constante demora por la naturaleza femenina.⁴² Incluso la continua comparación entre las nuevas futbolistas (incluidos todos los roles) con las profesiones típicamente femeninas tenía el mismo objetivo tosco, pero eficaz: convencer a los lectores, con este enfrentamiento, de lo innatural de las primeras. Así, eran frecuentes las bromas sobre el «ir y venir»⁴³ de la «delantera»⁴⁴ para llegar a la inevitable «portera» (entendido a modo de mofa como «bedela»)⁴⁵ que, con ocasión de los Mundiales de 2019, ha desencadenado, sobre todo en las redes sociales, una gran polémica veraniega entre los hablantes italofonos.⁴⁶

Con el quinto prejuicio pasamos al campo afectivo: las futbolistas milanesas fueron el blanco de alusiones respecto a sus objetivos sentimentales, en un sentido heterosexual. La acusación sugería que eran (tanto las futbolistas bailarinas como las *tifosinas*)⁴⁷ unas exhibicionistas en busca de la valoración masculina o —de manera más pudorosa— de un novio que las desposase,⁴⁸ como sugirió el *Guerin Meschino*, capaz incluso de ironizar como broma final sobre la política natalista del régimen:

La llegada femenina al fútbol ha despertado el entusiasmo de los aficionados. Los partidos masculinos ahora aburren con ese juego tranquilo y académico. ¡Se necesita algo más hermoso, palpitante y masculino para reavivar el interés competitivo!

Los señores hinchas ayudaron en el intento, echándoles una mano a las futbolistas. (Tanto que no pudieron hacer otra cosa que rendirse ante la primera petición de un deportista).

—¿Cómo? ¿Nada más empiezan a jugar ya se habla de retirarse por motivos sentimentales?

—Exactamente; pero siempre, por supuesto, por el crecimiento del fútbol: que siempre necesita nuevos jugadores.⁴⁹

En este sentido, las numerosas descripciones (o solo alusiones) de un público masculino deseoso de asistir a los partidos de las chicas... con fines más allá del futbolístico no ayudaban a la causa de las futbolistas:⁵⁰ en *Il Piccolo* de Alessandria, por ejemplo, Egidio Della Casa aseguraba que el partido programado entre las futbolistas locales y las invitadas milanesas sería «un espectáculo excepcional para los alessandrinos y para los *gourmets* de las esferas redondas... de cuero».⁵¹ También *Lo Schermo Sportivo*, al final de un artículo de marzo de 1933 contra las futbolistas, cortaba de raíz alegando el supuesto exhibicionismo de las futbolistas, sus inconfesables movimientos, individualizados en una mezcla de «coquetería, [...] afán de mostrarse con extravagancias estilo Hollywood, [...] el deseo de publicidad hacia un buen precio».⁵²

Con la referencia a las «extravagancias estilo Hollywood» llegamos al sexto y último prejuicio contra el fútbol femenino: es decir, que se trataba de algo que imitase «a los americanos que cultivaban a mujeres boxeadoras y futbolistas»,⁵³ como todos podíamos ver en revistas italianas,

literalmente inundadas por imágenes de mujeres de más allá del océano (actrices famosas, pero no solo eso) que, en serio o más a menudo por diversión, eran inmortalizadas mientras practicaban los más diversos deportes.⁵⁴ La Italia fascista, en la que la autarquía era un valor prescindible y que miraba con recelo todo lo extranjero, ¿cómo juzgaría la introducción, también en nuestro país, del fútbol femenino? Esto era lo que se preguntaba *Lo Schermo Sportivo*, en la conclusión de su artículo:

Nuestro pensamiento es claro, preciso y creemos que lo comparten también las jerarquías futbolísticas, a las que se les ha encomendado el deber de evitar que una ridiculez de estilo americano continúe en la Italia fascista, donde es necesario que haya buenas madres y no futbolistas «marimachos». Sea dirigido también hacia nuestros colegas, quienes debieran asumir ese sentido de la responsabilidad como periodistas deportivos y no aceptar las adulaciones, en cualquier caso, de organizaciones inconcebibles en el régimen fascista.⁵⁵

En este contexto, es lógico que las futbolistas fuesen prudentes a la hora de insinuar la existencia de un fútbol femenino en el extranjero (inglés y francés sobre todo): probablemente intuyeron cómo —a diferencia de la Italia de 2020— usar el argumento del retraso deportivo en Italia respecto a otros países podía ser contraproducente.⁵⁶ *Il Littoriale* comprenderá a sus expensas que ese era el aire que se respiraba en 1933, cuando a finales de año sufrió el ataque de *L'Osservatore Romano*. El periódico vaticano llegó a acusar al CONI de tener escaso espíritu patriótico y fascista, puesto que dejaban salir a las mujeres medio desnudas en los estadios de toda Italia y demostraban, así, ser unos responsables indignos del deporte de una «nación de religión católica, en un Estado totalitario» que

ha luchado «contra “toda infiltración extranjera” para salvar el carácter genuino del pueblo y para garantizar la consideración de un nacionalismo sano, auténtico, legítimo y poderoso».

Por este motivo, según el periódico vaticano, una Italia cristiana y fascista solo podía optar por el «rechazo de aquello que se practica en el extranjero, pues su naturaleza, su educación y su amabilidad no lo comparte, no le es natural».⁵⁷

HACERSE UN HUECO EN LA ITALIA FASCISTA

Estos eran, por tanto, los prejuicios que las futbolistas de 1933 debían sortear: como hemos visto, coincidentes en muchos casos con los de las futbolistas actuales. Se deberían haber combatido. Pero el campo de batalla era muy diferente, pues variaban no solo las condiciones políticas, sino también las sociales. Se trata de cuestiones completamente secundarias cuando se estudia el fútbol femenino: pese a que la pasión de las futbolistas es idéntica, es innegable que Sara Gama y sus compañeras están desmontando muchos estereotipos gracias, entre otras cosas, a grandes fuerzas presentes en la sociedad, y que aspiran a una imagen diferente de la mujer, no solo desde el punto de vista deportivo.¹ Del mismo modo, las futbolistas inglesas de la Gran Guerra lograron hacerse un hueco en el que sobrevivir y hacerse querer por la sociedad inglesa como *munitionettes* que permitían al público del fútbol poder seguir asistiendo a ese espectáculo que los hombres, en el frente, no podían procurar; el hecho de que destinasen para las familias de los soldados lo ganado en los partidos garantizaba su nivel de patriotismo.² No es de extrañar que estas particulares condiciones sociales desaparecieran con el fin del conflicto (y el consiguiente regreso de los varones a su tierra natal), tan

solo tocó esperar algún que otro año (diciembre de 1921) para llegar a la prohibición de la Asociación de Fútbol, que devolvió el orden al mundo futbolístico británico, prohibiendo a los clubs (masculinos) afiliados que pusiesen a su disposición los campos, basándose en su «férrea opinión» de que «el fútbol es inapropiado para mujeres y no deben ser animadas a ello».³

Desde cierto punto de vista, a Ninì Zanetti y a algunas «compañeras de balón» se les ocurrió empezar a jugar al fútbol en el peor momento del siglo xx italiano: aquellos años treinta en los que Mussolini rompió las últimas esperanzas de las mujeres que, al principio de la década anterior, se hicieron ilusiones de estar frente al hombre que, con los aires renovados de su revolución fascista, le daría la vuelta a todos los equilibrios seculares sobre los que estaba basada la sociedad patriarcal italiana. Es más, tras el acuerdo de 1929, el régimen restableció con la fuerza el imaginario tradicional, que veía en la mujer una esposa y una madre, y un gran abismo y diferenciación de roles entre hombres y mujeres, bien representados por doña Rachele, la vivaz ama de casa y mujer del Duce. Que las mujeres jugasen al deporte nacional masculino hubiese sido un sacrilegio deportivo, pero todavía más simbólico, de proporciones inauditas.

Pero hay algo que no cuadra: ¿por qué entonces el fútbol femenino no nació durante la gran etapa liberal italiana, antes de la Gran Guerra? ¿Por qué no en el principio de los años veinte, cuando aterrizó desde Gran Bretaña en la Europa continental, mientras en Italia surgían los primeros núcleos femeninos de atletismo y de baloncesto? Imaginaos si la Rosetta Boccacini de diecisiete años hubiese conocido, en 1933, a una Laura Camon de dieciséis años que estaba decidida a jugar con su futuro marido sin preocupaciones en Roma en 1924, año en el que los italianos e italianas

saborearon los últimos retazos de libertad: ¿no la habría envidiado?

Desde el punto de vista político, obviamente: el nombre de pila del adorado sobrino de Rosetta recordaba el sacrificio extremo de Mateotti y el fin de esa Italia democrática que tan solo su hermana mayor Giovanna había tenido tiempo de conocer. Giovanna, que en la sociedad de ayuda mutua de Lodi de la posguerra se ocupaba no solo de reordenar los volúmenes de la biblioteca de la sociedad, sino, sobre todo, de escuchar las enseñanzas políticas de Ettore Archinti, el escultor socialista maximalista «tolstoiano» que pagaría muy caro su papel como alcalde de Lodi en 1920. En 1943 vio cómo volvían a las barricadas, tras tantos años de prudente silencio político, no solo una Giovanna atormentada por la repentina pérdida de su hijo mayor durante el verano, sino también la maestra Rosetta y la costurera Marta, que crecieron durante el *ventennio* fascista. De diferentes formas, todas participarían en la *Resistenza* y, tras acabar la guerra, verán (como las jugadoras Brunilde Amodeo⁴ y Amelia Piccinini)⁵ en la militancia del PCI la vía para alcanzar una Italia nueva donde las mujeres conseguirían por fin los derechos que se les negaron durante tanto tiempo y los más pobres —tan queridos por Archinti— no volverían a ser víctimas de aquellos prepotentes que al final lograron, en 1944, meter a su padre espiritual en un tren solo de ida hacia Flossenbürg.

Sin embargo, no tenía nada que envidiarle a Laura desde el punto de vista deportivo. Más allá de las representantes de la alta sociedad y de algunas familias burguesas con suerte o con negocios en el extranjero, en 1924 las mujeres no hacían deporte: no porque no quisiesen, sino porque no les dejaban. Ni siquiera en la escuela, donde la Educación Física se quedaba en una materia teórica para ellas, pues como

denunció, por ejemplo, Alessandria, «las maestras decían que las estudiantes debían convertirse en “buenas amas de casa” y no en “mujeres deportistas”»;⁶ ni la sociedad, que veía con malos ojos este tipo de actividades, a menos que se tratase de alguna actividad femenina como, por ejemplo, la gimnasia, el tenis o la hípica; ni la Iglesia, como nos demuestra el comportamiento del obispo de Aosta cuando se enteró de que aquella niña, llamada Vittorina Vincenza, que no hacía otra cosa que desear llegar al campo de atletismo para cambiarse la falda y quedarse en pantalones cortos de carrera; ni el mundo socialista italiano que, quitando algunos ejemplos puntuales, no entendía —o no quería entender— la carga emancipadora del deporte femenino;⁷ aún más sorprendente, no lo entendían ni siquiera nuestras feministas, quienes se ilusionaban pensando que Mussolini les daría el derecho a voto que los fascis italianos de combate prometieron añadir en el programa de 1919 en Milán.

Ni siquiera diez años después las milanesas de 1933 se encontrarían en un contexto deportivo diferente. No solo porque fuesen, como muchas otras, a las gradas del Arena o de San Siro a animar al Ambrosiana-Inter o al Milán sin que el régimen tuviese nada que objetar,⁸ sino porque este estaba difundiendo siempre con artimañas —primero a través de la escuela y de organizaciones como las Pequeñas Italianas y las Jóvenes Italianas, convenciendo a familias⁹ y a escépticos de toda clase— la actividad física, el deporte y los juegos de equipo entre niñas¹⁰ (que Starace eliminó a finales de 1933) alrededor de la actividad competitiva como tal. Cuando todavía eran niñas en Lodi, Marta y Rosetta tuvieron acceso al gimnasio municipal, al que se aficionaron mucho;¹¹ en Milán, Brunilde Amodeo tuvo la posibilidad de desahogarse probando un poco de todo, desde el tenis (que

practicaba debajo de su casa en el Club de Tenis Elvezia, de Porta Ticinese) hasta la natación,¹² desde el esquí hasta el patinaje sobre hielo, desde el atletismo hasta el baloncesto... ¡hasta llegar al fútbol!¹³

No es que al régimen le importase la satisfacción o la diversión que la joven Brunilde pudiese obtener practicando deporte, ni mucho menos si lo usaba para su propio empoderamiento femenino, obviamente: al contrario, la finalidad era disfrutar del deporte con el objetivo de mejorar la raza italiana. Madres con el cuerpo forjado por la actividad física generarían hijos (se esperaban niños) físicamente más resistentes: eso es todo.

¿Hubiese sido posible entonces un encuentro de intereses entre los del régimen y los de las mujeres deportistas italianas (antifascistas, apolíticas o fascistas convencidas de que lo eran en el fondo de su corazón)? ¿Se podía competir con el escudo de Italia en el pecho junto a los fasces de lictores sin convertirse en marionetas? ¿Sería posible conseguir un espacio de libertad desde el que enviar mensajes de esperanza para otras *tifosinas* de ahí arriba, de las gradas, y para las niñas como Margherita Hack, de doce años, que en la Florencia de 1934 fue sermoneada por su profesor de Matemáticas tras pillarla rebuscando ansiosamente noticias de su amada Fiorentina en el periódico deportivo?

Durante la feroz polémica del CONI contra *L'Osservatore Romano* a finales de 1933, la por entonces exatleta Vittorina Vivenza se prestó para una operación de promoción y se dejó retratar en una elocuente fotografía junto a sus dos hijos para demostrar a los lectores de *Atletismo* (revista quincenal de la FIDAL) la eficacia del compromiso fascista «mujer deportista hoy = madre fuerte y prolífica mañana».¹⁴ Sin embargo, Vittorina, crecida en el remoto Valle d'Aosta, empezó

a correr con catorce años, y dos años después fue catapultada a las Olimpiadas de Ámsterdam de 1928: ¿cuántas chicas de dieciséis años de origen familiar modesto tenían por entonces semejante oportunidad de conocer el mundo y, además, de representar a su nación en una ceremonia mundial?¹⁵ Ocho años después, la propaganda fascista se regocijará con la victoria olímpica en los 80 metros vallas de Ondina Valla, la risueña chica que, como siguiendo un guion, hizo el saludo fascista durante la entrega de premios dentro del Estadio Olímpico berlinés, en el que se celebraban —con permiso de Jesse Owens— las Olimpiadas del hombre ario. Una vez volvió a Italia, llevaron a Ondina junto a Claudia Testoni a una gira por todo el país, no solo para hacer un poco de publicidad deportiva femenina en los centros de menores, sino también para mostrarle al gran público un ejemplo apetecible de «mujer nueva», que entusiasmaba hasta a los estudiantes masculinos, quienes (dicho por Luigi Meneghello) se atrevían a incluir a la vallista boloñesa en una reseña actualizada e inconexa de exponentes de «romanismo eterno».¹⁶ Y, sin embargo, como ha recordado casi un siglo después la centenaria Marida Recchi, aquel día en Berlín le pidió a Ondina Valla, de mujer a mujer, que ganase por Italia, no por la Italia fascista: y en el momento del himno nacional (en la época de la *Marcha Real*), Marida, la hinchita turinesa de diecinueve años, no vio en lo más alto del podio a una futura madre de soldados para el imperio, sino a la primera «mujer italiana» que «ganaba una medalla de oro olímpica».¹⁷ Como tantas deportistas actuales (futbolistas incluídas),¹⁸ Ondina podía usar —y usó, aunque no se sabe cuánto de manera consciente— su inesperado poder mediático para ofrecer a las chicas oprimidas por un régimen machista un mensaje diferente. Nos lo cuenta la ya citada Margherita Hack,

cuyo padre perdió el trabajo como empleado público por no haber solicitado el carné del Partido Nacional Fascista:¹⁹ «Papá me enseñó a jugar al fútbol y a trepar por las cañas de bambú, y cuando supe que Ondina Valla y Claudia Testoni iban a las Olimpiadas de Berlín, me entró la fiebre del atletismo». ²⁰ Después de participar en algunas competiciones escolares en un viaje a Roma, Margherita volvió a Florencia y se puso a buscar a alguien que pudiese ayudarla, «porque no veía la hora en empezar a correr y a saltar obstáculos como mis heroínas Valla y Testoni». ²¹ En los años siguientes, mientras Margherita, a partir de las leyes raciales de 1938, reparaba en las atrocidades del régimen y en 1940 corría el riesgo de ser expulsada del bachillerato por haber discutido con sus compañeros sobre si entrar o no en la guerra junto a la Alemania nazi, se empeñaba todavía más en el deporte del régimen: en 1941 ganó en Florencia tanto en salto de altura como en salto de longitud en los Lictores femeninos del deporte, la competición deportiva nacional de los Grupos Universitarios Fascistas. ²²

La jugada decisiva para las futbolistas milanesas fue dar un paso al frente con quien debían antes de que las buscasen. Presentaron una solicitud formal a la Oficina deportiva de la Federación de los Fasces de Milán, dirigida en ese momento por Alcide Frattini, ²³ quien, «desconcertado», reenvió la «vergonzosa solicitud, una digresión en un tiempo sagrado del deporte masculino», «a la competencia del CONI central». ²⁴ El destino quiso que el jefe del Comité Olímpico Nacional Italiano en ese momento (¡y durante algunas semanas más!) fuese un jerarca especialmente abierto de mente en el ámbito deportivo, ²⁵ y, ya se sabe, la suerte favorece a los valientes.

Al observar con atención el monumental edificio de la ideología de la «mujer deportista» (una de las tantas

personificaciones de la «mujer nueva» que el régimen quería forjar), las futbolistas milanesas se percataron de que, quizás, podían encontrar la manera de jugar al fútbol. El edificio, de hecho, tenía unas considerables fisuras que dejaban entrever algunas contradicciones. Raspando un poco de yeso y moviendo algún caliche, tal vez podrían construir su propio nido en una de esas grietas. Si luego hubiesen sido capaces de mimetizarse, el trabajo estaría hecho. Nuevas florituras del deporte en una Italia renovada tras una revolución que acababa de celebrar su décimo aniversario, nadie en el resto del edificio se daría cuenta de esa profunda irrelevancia. Todos se olvidarían de ellas y las chicas del Club de Fútbol Femenino podrían jugar al fútbol en paz.

Sí, porque lo que sorprende es oír todavía hoy esos relatos de los herederos que durante tanto tiempo oyeron, en la mesa y directamente de sus respectivas madres, tías y abuelas, esa vieja e increíble historia (y tenía que ser cierta porque, además de contarla, ¡mostraban fotografías amarillentas de mujeres en falda y camiseta de fútbol!): ninguna —ni siquiera aquellas que, por historia personal, tenían todo el interés en hacerlo— les describió el Club de Fútbol Femenino a sus hijos y nietos como una actividad antifascista. En su lugar, contaban como si fuera algo suyo,²⁶ como si hubieran hecho algo entre amigas, porque jugar al fútbol les divertía, les hacía sentir libres, realizadas. «¡Adoro tantísimo el fútbol!», por usar las palabras de Rosetta Boccalini entrevistada por Carlo Brighenti en mayo de 1933. La delantera de dieciséis años a la que los periodistas que la habían visto jugar no paraban de alabar día y noche por su excelente nivel respecto a las otras futbolistas, y que añadía siempre un pensamiento suyo hacia ellas: «Mis compañeras tienen mucha pasión y buena voluntad. ¡No nos rendiremos nunca...!». ²⁷ En plural:

siempre el mismo plural que Brunilde usó años después para contarles a sus parientes la experiencia futbolística de 1933.

El amor por el fútbol fue algo que mantuvo unidas aquellos meses a una cincuentena de mujeres milanesas: los numerosos prejuicios nacionalistas machistas contra esta posibilidad deportiva eran su enemigo en común. A la luz de los datos actuales,²⁸ no sabemos si había alguna otra cosa que sirviese para mantenerlas unidas en esos vestuarios: es probable que, además de esas cuatro mujeres que hoy podemos identificar como antifascistas (las hermanas Boccalini y Brunilde Amodeo), había muchas inconformistas entre las otras cuarenta y seis mujeres, pero en el fondo la política les era indiferente, y es posible que hubiera también alguna futbolista «de camisa negra». Quizás, incluso, las cuatro «rojas» eran minoría y les tocaba tragar en silencio y fingir una sonrisa de circunstancia mientras entraban en las oficinas de los Grupos fascistas de barrio que les concedían de manera entusiasta los campos donde jugaban, o el día en el que alguna, durante la reunión del Directorio, propuso añadir en la carta para *Il Littoriale* (que era el periódico portavoz del CONT) un «fascísticamente»²⁹ junto al «deportivamente» con el que normalmente se despedían en las cartas a los periódicos.³⁰ En todo caso, teniendo en cuenta que la juventud solo pasa una vez en la vida, especialmente para los y las deportistas (¡que no pueden esperar veinte años para entrar en juego!), no tenían más remedio que poner buena cara ante lo malo y aprender esa sutil práctica de «interpretar», de «adaptarse sin estar de acuerdo» de la que habla el antifascista Aldo Olivieri, recordando el aire que se respiraba en los vestuarios de los italianos campeones del mundo de 1938.³¹ Un equilibrio bastante difícil de mantener, pero será él quien, diez años después, tendrá que ayudar a la pequeña sobrina de las futbolistas,

Grazia Barcellona, a mantenerse en pie sobre los patines. Fue Ettore Archinti, apasionado habitual matutino del Palacio de Hielo de Milán, quien le sugirió a mamá Giovanna que llevara a la niña a patinar:³² Grazia le cogió el gusto y acabó por convertirse en una joven promesa del patinaje italiano, junto a Carlo Fassi, con quien competirá en pareja en los años venideros. No obstante, para hacerlo, fue obligada —¡jella, hija de un confinado!— no solo a llevar el uniforme de las Pequeñas Italianas, sino también a hacer el saludo fascista antes de cada competición con la selección: la Italia fascista, por entonces ya en decadencia, no tuvo escrúpulos a la hora de mandarlos, a ella y a Carlino, en ese momento de catorce años, a la Croacia ocupada de 1943, ¡con ocasión de una manifestación de propaganda deportiva entre países del eje!³³ Después de la liberación, el año de la graduación del instituto, Grazia participó en las Olimpiadas de Inverno de Sankt Moritz 1948 y, como representante de una Italia por fin democrática, desfiló en uniforme junto con otras tres mujeres de la selección italiana con la cabeza descubierta y frente a sus colegas masculinos escondidos bajo sus boinas blancas.³⁴ En 1951, encontramos la firma de Grazia a los pies de una convocatoria para una manifestación deportiva juvenil de izquierdas, junto a la de Amelia Piccinini³⁵ (ganadora entretanto de una medalla de plata en lanzamiento de peso a final de su carrera, en las Olimpiadas estivas de Londres 1948),³⁶ la atleta que, en 1933, quiso desafiar al fútbol a sus tías en el estadio de Alessandria.

¿Cuáles fueron, entonces, los elementos de la ideología fascista en los que decidieron apoyarse las jugadoras del Club de Fútbol Femenino? Con un meticuloso trabajo de criba entre el enorme mar de tinta de ese 1933 en la prensa italiana a propósito de Losanna Strigaro y compañeras, podemos obtener un extracto muy preciado: su voz, viva en

el manifiesto del Club de Fútbol Femenino,³⁷ en las cartas enviadas a los periódicos, en las pocas entrevistas que les hicieron.

Las «fuertes señoritas», encabezadas por Losanna Strigaro y Ninì Zanetti, se presentaron ante la prensa recalcando, por una parte, su «entusiasmo futbolero» como aficionadas y, por otra, su práctica de los «deportes atléticos»³⁸ que el régimen había «favorecido» y «promovido».³⁹ Para ellas, la extensión analógica hacia el balón parecía tener sentido: «Las jóvenes mujeres italianas ya practican los deportes de atletismo, baloncesto, natación, patinaje, esquí, esgrima, tenis, etcétera, con éxito. ¿Por qué entonces no practicar también el fútbol?». ⁴⁰ Le preguntaban al periódico del CONI, defensor de la ideología deportiva fascista de la que habían individualizado la contradicción interna y de la que fueron enemigas las futbolistas, como definió insuperablemente Sergio Giuntini,⁴¹ además del fruto paradójico (si el fascismo no hubiese dado un acceso en masa a la práctica deportiva femenina...). Enseguida, desde Cremona, el *farinacciano Il Regime Fascista* protestó contra la trampa, denunciando cómo la extensión analógica al fútbol solicitada por el Club de Fútbol Femenino era todo lo contrario a lógica, y mucho menos si se les concedía obviando lo «peligroso» del fútbol, que podía dañar sus cuerpos potencialmente maternos y, por lo tanto, necesarios para la patria: «No decimos que la mujer tenga que quedarse en casa haciendo punto de media, pero les aconsejamos que se dediquen a aquellos deportes que más le convenga a su físico. El fútbol no lo es en absoluto».⁴²

Las chicas ya lo habían pensado: sin esperar un segundo — he aquí el segundo aspecto — explicaron en detalle a la prensa las reglas especiales que ya habían aprontado (con tal de no tener que recibir ninguna de nadie más), para poder asegurarse

de que «todo será proporcional al sexo, el cual obtendrá una mejora física de este».⁴³ Por el mismo motivo, cuando *Il Littoriale* —marcándose un autogol— les sugirió a las chicas milanesas que le preguntasen al influyente Nicola Pende qué pensaba sobre el fútbol femenino, lo hicieron, recibiendo una respuesta positiva que no tardaron en restregársela por las narices al director del periódico romano;⁴⁴ y cuando tuvieron la oportunidad de que las visitase otra «celebridad médica»,⁴⁵ el milanés Giuseppe Poggi Longostrevi (acompañante de la selección olímpica en las Olimpiadas de Los Ángeles 1932),⁴⁶ lo hicieron sin dudar.⁴⁷ El Club de Fútbol Femenino, además, solicitaba a cada aspirante a futbolista que presentasen un certificado de buena salud:⁴⁸ por lo demás, como escribió el mismo Poggi Longostrevi, las visitas médicas fueron el mejor remedio contra los prejuicios, todavía imperantes en muchas familias italianas, hacia el deporte femenino.⁴⁹ Si con la reunión del Gran Consejo en octubre de 1930, el régimen delegó al CONI la tarea de regular el deporte femenino en Italia, y los dirigentes del Comité tenían fe ciega en la opinión de eminencias como Pende y Poggi Longostrevi, ganarse a estos últimos fue una victoria sensacional para el Club de Fútbol Femenino, que había comprendido a la perfección los mecanismos de interacción entre el régimen fascista y la «ciencia médica»⁵⁰ que, «interrogada, asegura que, si el juego sigue tal y como se ha impuesto, ¡el cuerpo de la mujer no sufrirá en absoluto!».⁵¹

A principios de marzo, con la carta-circular enviada a «todos los capitanes de los equipos de fútbol de División Nacional», las chicas abrieron otro frente, esta vez involucrando directamente al mundo deportivo masculino italiano. Además de reafirmar los dos primeros aspectos ya tratados, es decir, el del beneficio físico y el de la extensión analógica al

fútbol de la práctica deportiva femenina, Losanna Strigaro y sus amigas, quienes todavía no habían salido al campo, apelaron a los grandes futbolistas y dialogaron de igual a igual con esos jugadores profesionales.⁵² Queriendo convertirse en futbolistas, eligieron a sus viejos ídolos como *tifosinas*⁵³ para que fuesen sus interlocutores y no a las otras deportistas de la reserva deportiva femenina del régimen.⁵⁴ Dato todavía más interesante: por lo que parece, muchos futbolistas, de entre ellos el futuro campeón del mundo Gianpiero Combi (por entonces capitán de la Juventus que ganaba cinco ligas consecutivas), respondería aprobando el «experimento» milanés,⁵⁵ un encabezado ironizado por un periódico milanés, que imaginaba a los perplejos capitanes como un nuevo Paris frente a las cartas de las futbolistas:

porque con las mujeres nunca se sabe dónde puedes acabar, quienes han sido llamados para dar el visto bueno dudan ante las responsabilidades que podría asumir la historia del fútbol por haber sancionado, en el año de gracia de 1933, las aspiraciones bélicas de estas modernas y apasionadas deportistas.⁵⁶

Sin embargo, con la mirada puesta en el 2020, podemos afirmar que había poco con lo que bromear: al responder a Losanna Strigaro, Combi y colegas estaban haciendo la «historia del fútbol» italiano (y no solo eso),⁵⁷ anticipando una dinámica implantada sistemáticamente durante los últimos años en nuestro país, como nos enseñan los ejemplos de la entrevista doble de los capitanes de las dos selecciones Giorgio Chiellini y Sara Gama,⁵⁸ o con el continuo diálogo entre la actual 10, Cristiana Girelli, de la Juventus Women, con los 10 masculinos blanquinegros del pasado y del presente, como Alessandro Del Piero y Paulo Dybala.⁵⁹

Volviendo a la lucha contra los prejuicios de 1933, un cuarto aspecto interesante es el relacionado con la moralidad de las chicas. Declarando que su «misión moral, honesta, sana» era la de querer «alejar a la juventud de los encuentros mundanos para que prefieran los campos deportivos»,⁶⁰ las chicas retomaban la dicotomía entre la sana «mujer nueva», que debería haber sustituido a la decadente mujer esmirriada de la década anterior, y haberse infiltrado en el régimen cuando empezaba a ganar poder: «Que no se asusten nuestros padres, vamos a jugar al fútbol femenino. Se puede ser buenas niñas en casa y practicar un deporte. Mejor el aire saludable de los campos deportivos que el insano de las salas de baile».⁶¹ El hecho de que las futbolistas afirmasen «nosotras vamos en serio» y que recordasen que a su sede de via Stoppani estaban llegando nuevas adhesiones «ardientes de entusiasmo»⁶² era un mensaje implícito para todos aquellos fascistas a quienes no les bastaba con los cuerpos femeninos más prolíficos, sino que deseaban obtener, bajo un perfil espiritual, un nuevo tipo de italiana, espiritualmente más decidida, menos doblegada ante sus dudas y sus miedos; obviamente, dentro de un horizonte patriarcal: tendría que apoyar con su propia fuerza moral a su marido durante toda su vida, y ayudarle a criar virilmente a los hijos masculinos.⁶³ Una mujer que, manteniendo su propia feminidad y quedándose a una distancia de seguridad del fantasma de la «mujer masculinizada», que provenía del extranjero y que el frente conservador (en parte coincidente con quienes apoyaban el régimen, pero compuesto sobre todo por católicos) agitaba día y noche a través de tabúes, abandonó incluso algunos oropeles «rosa» del pasado, posicionándose así un poco más cerca, más en diálogo con los propios coetáneos masculinos: el deporte ayudaba a esto, pues el tenis había legitimado hacía tiempo los dobles

mixtos como pasatiempo perfectamente moral.⁶⁴ Además, en Milán (y así se entendería la referencia de las futbolistas a que la aviación era un deporte femenino permitido por el régimen)⁶⁵ todavía estaba muy viva la memoria de Gaby Angellini,⁶⁶ la jovencísima aviadora que, en 1932, se convirtió en una celebridad al ocupar el verano de su mayoría de edad en una gira en solitario que la llevó hasta Suecia, con un mensaje de, nada más y nada menos, Italo Balbo, ministro de Aeronáutica, que la recibió a su regreso a Italia. El entusiasmo de Gaby por la aviación la empujó a organizar enseguida otra hazaña, el raid Italia-India, pero el Breda 15 de la chica milanese se estrelló en el desierto libio en diciembre de 1932: una multitud inmensa acudió a su funeral en la basílica de Sant' Ambrogio, tanto Balbo como Mussolini enviaron coronas de flores. La prensa italiana (no solo la deportiva) dio a conocer a todos la figura de esta chica, que durante su gira —realizada ¡sin ayuda masculina!— tuvo que afrontar «virilmente» muchas dificultades y peligros mortales, y que fue completamente aceptada en un mundo tan machista como el aeronáutico. Los aviadores que trataron con ella también eran entusiastas de esa chica de pelo ondulado que, enfundada en esas largas perneras, era invitada a sentarse con ellos y a participar en sus reuniones: por fin una mujer con la que relacionarse de igual a igual, que comprendía las emociones y las cruces de su disciplina deportiva.⁶⁷ Es la misma reacción que tuvieron los ciclistas masculinos en los años veinte que compitieron con Alfonsina Strada, única mujer participante en el Giro de Italia masculino (1924). No solo ella se encontró «perfectamente y en su salsa con los hombres que ciertamente no estaban acostumbrados a la delicadeza», pero fueron ellos los que afirmaron en entrevistas que, excepto por el cuerpo, Alfonsina «era como uno de nosotros, en todo y para todo».⁶⁸

Así, pues, si las *tifosinas* se colaban en los sectores populares de los estadios italianos, aceptaban las reglas masculinas de esos ambientes, respondían de la misma manera a eventuales compañeros de grada o más interesados en la vecina que en el espectáculo de fútbol,⁶⁹ las jugadoras del Club de Fútbol Femenino no tenían complejo de inferioridad frente a los periodistas masculinos⁷⁰ y cogían el toro de los prejuicios por los cuernos, concluyendo una carta, por ejemplo, al *Guerin Sportivo* (periódico que apoyaba al grupo) con una ironía: «Disculpe, señor director, por la tabarra que le hemos dado. ¡Somos mujeres!». ⁷¹

Una broma, esta última, que en labios de muchos interlocutores masculinos podría dar lugar a esa sonrisa que les hubiera hecho más fácil el mirar con amabilidad este «experimento» milanés:⁷² incluso *Il Littoriale*, su enemigo, reconocía su temperamento de guerreras, escribiendo (nótese la elección lexical) que «las mujeres del Club de Fútbol Femenino no se “rendían”». ⁷³ Es cierto que había periodistas a los que esta iniciativa y este ímpetu «viril» no les gustaba porque preferían chicas menos «osadas» y «pugnaces»,⁷⁴ o que volviesen a «inspirar» como «buenas chicas y guapas» a los futbolistas, renunciando a «practicar» su deporte,⁷⁵ pero a otros con miras más anchas en el deporte les gustaban las chicas, porque traían algo nuevo al apagado mundo del fútbol italiano. Max David (para *Il Secolo Illustrato*) y sobre todo Carlo Brighenti (para *Il Calcio Illustrato*) son dos de los ejemplos periodísticos más significativos de los hombres que, durante esos meses, se congregaban⁷⁶ en nuestra fortaleza, hasta ese momento tan solo presencias masculinas nuevas (aparte de los responsables de los Dopolavoro y de los Grupos fascistas de barrio, los entrenadores, el presidente Ugo Cardosi, etcétera), sin dar nada por sentado. Por lo tanto, si en sus artículos se

destacaba la objetiva pobreza técnica del juego de las chicas (¡típica de todos los que empiezan un nuevo deporte!, criticaba Brighenti)⁷⁷ y no se nos eximía de momentos de bondad y camaradería irónica (las divertidas descripciones de David sobre las futbolistas que no cerraban la boca ni en el campo), el juicio era al final positivo. ¿La novedad del fútbol femenino podría revitalizar la «mentalidad futbolística» del fútbol masculino?,⁷⁸ se preguntaba como conclusión el periodista de *Il Secolo Illustrato*: justo la misma pregunta que muchos se hicieron en el verano de 2019 y por la que se dieron cuenta de que había una manera diferente de jugar al fútbol respecto a esa forma corrompida del espectáculo de negocios de los grandes campeones italianos. Concluyendo en junio de 1933 una larga defensa del fútbol femenino, Adamo, el redactor del periódico romano *Il Tifone*, ponía en labios de un personaje suyo una pregunta: «Si el fútbol femenino es tan útil, ¿por qué ha esperado hasta hoy para crear un equipo?». La respuesta fue: «Pues eso justamente no lo sé, pero, de todas formas, “mejor tarde que nunca”. ¿No les parece?». ⁷⁹ Parecía que se había conseguido la victoria contra los prejuicios al inicio de ese verano de 1933: las chicas salieron al campo para sus dos primeros partidos oficiales en Milán. Mientras tanto, Carlo Brighenti consiguió entrevistar no solo a Antonietta Salvarani Boccalini, quien aseguró a las madres lectoras que «mi hija Rosetta está mejor desde que juega, come mejor, no frecuenta las salas de baile, duerme como una marmota y es más buena: espero que no deje de jugar»,⁸⁰ sino también a Giovanna Boccalini Barcellona. Sorprendentemente, la hermana mayor de Marta y Rosetta no filtró nada sobre sus sentimientos tras el arresto de su marido Giuseppe por actividad antifascista (30 de abril de 1933):⁸¹ había que promover el equipo de las chicas frente a la libreta de notas del enviado de

Il Calcio Illustrato. La mujer de Barcellona «elogia la perfecta disciplina, la pasión pura de las futbolistas, su altruismo. “Es un deporte tremendamente moral —nos dice—, muy útil para educar el carácter, la voluntad y el coraje de las chiquillas”». ⁸² Con palabras que son, sin lugar a dudas, la cumbre de la arriesgada hazaña retórica e ideológica bajo la que se encuentra el Club de Fútbol Femenino, ⁸³ Giovanna dijo exactamente lo que podía complacer a las autoridades fascistas, que estaban intentando modernizar un poco el modelo de mujer italiana, infundiendo algo de carácter y coraje en las futuras madres de Italia; y, con el tiempo, dijo lo que una mujer antifascista como ella pensaba en su corazón. Era necesario educar el carácter, la voluntad y el coraje, no solo de la pequeña Grazia, a la que con cuatro años ya privaron de su padre, sino de todas las niñas que se encontraban al amparo de Giovanna en la escuela de primaria donde enseñaba y, todavía más, de esas hermanas adolescentes —o ya jóvenes mujeres— que no tuvieron la suerte de conocer una Italia libre.

EL FINAL DEL SUEÑO, EL RETORNO DE LA POLÍTICA

Enrico Landoni ha explicado que «la heterodoxia femenina en el ámbito futbolero representaba algo censurable», porque «ese experimento ponía en crisis el propio concepto de virilidad fascista», la cual «era ejemplificada para el régimen con el hombre futbolista»:¹ como hemos visto, durante algunos meses, la censura no cayó sobre el Club de Fútbol Femenino simplemente porque las chicas lograron, con su batalla ideológica y la obtención del permiso de Arpinati, contrapesar ese impulso represivo. Aquella, sin embargo, no desapareció del todo, se tranquilizó bajo el carbón durante meses, hasta que el viento cambió.

Y el viento empezó a cambiar a principios de mayo de 1933, en el momento en que Leandro Arpinati perdió de golpe todo el poder acumulado en los años anteriores, tras las gravísimas acusaciones que hizo Achille Starace, a quien creyó Mussolini. Junto a sus demás cargos, el subsecretario interino tuvo que renunciar, obviamente, a la presidencia del CONI y a la de la FIGC, que acabaron en manos de Starace: el secretario se quedó solo con la primera, confiando la secretaría del CONI y de la FIGC a su leal Giorgio Vaccaro, quien, entre otras cosas, enseguida se puso manos a la obra con la organización de

los mundiales, programados para el año siguiente en Italia.² Cuando, más tarde, en 1937, consiguió arrebatarse el control de las Pequeñas y las Jóvenes Italianas, haciendo que refluiese la Obra Nacional Balilla (ONB) con la entrada de la nueva organización gigantesca de masas de la Juventud Italiana del Lictor (GIL), gracias a la que Starace se convertiría en el señor supremo de todo el deporte italiano, tanto el masculino como el femenino, por el que el jerarca pullés —a diferencia de Arpinati— no tenía ninguna simpatía ni sensibilidad. Sobre todo, y a partir de la primera reunión del Consejo General del CONI (4 de octubre de 1933), Starace acusó a ese anarquista inconverso de su predecesor de haber desperdiciado las preciadas energías de deportistas italianos e italianas en favoritismos y en «experimentos» para sí mismo, mientras que los numerosos espacios vacíos creados entre el deporte y el partido fueron inmediatamente suturados.³ En concreto, el deporte femenino —escribió Luigi Ferrario, que se convirtió a finales de julio de 1933 en el portavoz del nuevo curso «staraciano»— no era un valor en sí en la Italia fascista: «Lo que importa no es solo difundir el deporte femenino en Italia, sino encaminarlo por una dirección concreta para que beneficie a nuestra raza, que quiere ser fuerte, y mejorar continuamente».⁴

El deporte femenino, por tanto, fue como una concesión de las instituciones deportivas en manos masculinas, a quienes se les ofreció redireccionar amablemente a las pobres e ingenuas deportistas, evidentemente incapaces de autodirigirse: no sería casualidad que aquel verano, con el cambio de guardia, Starace pidiera la cabeza de Marina Zanetti, la única mujer dirigente del deporte italiano,⁵ a la que se creía confabulada con Arpinati.⁶ Precisamente, esta falta crónica de mujeres dirigentes es uno de los motivos más graves de un inadecuado desarrollo del deporte femenino en la Italia de la

posguerra, como bien señaló Antonella Stelitano en sus estudios,⁷ y las italianas tendrán muchas y horribles experiencias con los más altos representantes institucionales masculinos. No solo se hace referencia a las célebres declaraciones publicadas por los presidentes de la Liga Nacional Amateur, Carlo Tavecchio (2014)⁸ y Felice Belloli (2016),⁹ en las que se intuía, bajo la cortina de humo del apoyo políticamente correcto, el auténtico juicio negativo sobre el fútbol femenino,¹⁰ sino también el trato lamentable hacia las italianas de la selección durante los Mundiales femeninos de EE. UU. de 1999, momento en el que la Federación no solo no apoyó adecuadamente la estancia americana de las jugadoras, sino que se cebaron contra la capitana Federica D'Astolfo para dar una lección a las italianas que osaron protestar.¹¹ Recientemente, Milena Bertolini ha declarado: «Siempre veo pocas mujeres en los sitios, en el fútbol y en el gobierno, donde se toman decisiones».¹²

LA MOTIVACIÓN OLÍMPICA

El nuevo CONI no reprimió inmediatamente el fútbol femenino. Durante algunos meses pareció que se habían olvidado de ellas en Roma, tanto que las chicas se llenaron de coraje y, «olvidándose» de los límites «arpinatianos», los apartaron tranquilamente y salieron al campo a jugar dos partidos públicos en Milán, disputados el 11 de junio y el 9 de julio de 1933. Con una circular, firmada por Giorgio Vaccaro el 29 de julio, se recordaba que estaba permitido que «las mujeres jugasen al fútbol mientras que no fuera compitiendo por un trofeo o se disputasen campeonatos»: las milanesas también podían jugar entre ellas de manera pública, lo importante era que el fenómeno no se desbordase a otras partes de la península.

Pero todavía faltaba una pieza fundamental, sin la que no se entendería cómo no se rompió el equilibrio que las milanesas consiguieron con tanta facilidad, y que nada tiene que ver con los prejuicios que, hasta ese momento, habían tenido que combatir y que habían conseguido mantener a raya: la motivación olímpica. Hojeando el grueso de los artículos dedicados al Club de Fútbol Femenino por la prensa, vemos cómo aparece repentinamente a finales de julio, en el

momento en que el periodista Luigi Ferrario firma dos artículos parecidos: el primero publicado en *La Gazzetta dello sport* el 23 de julio («Hacia una nueva actividad en el campo nacional»); y el segundo publicado por *La Domenica Sportiva* el 30 de julio («Deporte femenino: la necesidad de una orientación precisa»). Si el segundo contiene la clara definición del fútbol femenino como una de las «degeneraciones de los últimos tiempos»,¹ el artículo del 23 de julio da entender más claramente la novedad catapultada por el CONI «staraciano» en el campo de las discusiones sobre el fútbol femenino.

Narrando las recientes victorias de las italianas en los encuentros de atletismo Italia-Francia² y de las jugadoras de baloncesto milanesas del *Cannottieri Milano* contra una representación de equipos suizos,³ Ferrario remarcó que tales actuaciones eran «consecuencia de las nuevas directrices establecidas por el presidente del CONI, quien quiere que solo se creen secciones femeninas en los clubes deportivos para las Olimpiadas y nada más, con tal de lograr un gran éxito en los Juegos de Berlín de 1936. Sin embargo, dado que las fuerzas deportivas femeninas en Italia ya eran pequeñas, el nuevo CONI sumó a su labor de promoción una de represión:

Por supuesto, el haber reservado la actividad a los deportes olímpicos implica que el presidente del CONI conoce todas aquellas cosas que son de importación extranjera y que, por lo tanto, perjudican, más que benefician, a la difusión del deporte femenino. Hacemos alusión al fútbol que, afortunadamente, tan solo ha dispuesto de un equipo en Italia —aunque las deportistas militen bajo diversos nombres—, y que no es apropiado para la mujer.⁴

Lo que más impresiona, si comparamos el artículo de abril y el de julio, es darse cuenta de cómo, en el segundo, Luigi

Ferrario ya ni siquiera intenta explicar por qué el fútbol no es «apropiado para la mujer»: el resto no es tan importante, porque la verdadera batalla no se luchaba en el plano interno de los prejuicios y de los argumentos, sino en el plano externo del prestigio derivado de las victorias internacionales. Esto se ha demostrado con lo que parecería ser una contradicción, es decir, el hecho de que Ferrario hablase de manera positiva del baloncesto, todavía no introducido en el programa olímpico de las disciplinas femeninas: sin embargo, ya en la época, el presidente de la Federación Italiana de Baloncesto, el conde Giorgio Asinari de San Marzano, discutía con sus colegas la implementación de competiciones internacionales.⁵ No es casualidad que en 1938 se celebre en Italia el primer campeonato europeo femenino de baloncesto: Starace se mandó fotografiar al final del partido tras el triunfo de las italianas, entre las que debería haber estado Rosetta Boccalini, quien se había convertido en campeona de Italia con la camiseta del Ambrosiana, pero fue escogida para la concentración pre-europea y no fue convocada.⁶ Quién sabe qué hubiera pasado de encontrarse en el banquillo a unos pasos del secretario del PNF que, algún año antes, le había cortado las alas a su sueño juvenil de jugar al fútbol...

Por tanto, si para Starace la «mujer deportista» era un mal necesario para la obtención de medallas internacionales⁷ muy patrióticas, ya tenía escrito el siguiente párrafo para su jefe-cillo milanés Ferrario: «Las fuerzas perdidas en los partidos de fútbol, donde se juega sin reglas precisas y sin finalidad alguna, podrían redirigirse hacia el atletismo y el baloncesto».⁸ Y eso es justamente lo que pasaría el 1 de octubre de 1933, el día del partido previsto en Alessandria que hubiese supuesto el nacimiento de un verdadero fútbol femenino nacional: ese día, sin embargo, se presentaron en el campo dos instructores

de la FIDAL, que hicieron correr a las chicas los 50 y los 100 metros lisos, en busca de alguna prometidora velocista. Ante los ojos de Ermanno Carnevali y Bruno Valmori no servía la habilidad con el balón, por lo que Maria Lucchese y Ninì Zanetti destacarían entre sus compañeras: «Si se cultivan en un ambiente atlético, deberían tener éxito rápidamente»⁹ en algo que por fin resultaría útil para la Italia fascista.

¿Y si, por el contrario, y como sugirió el enviado de *Amica*, el fútbol hubiese sido escogido como deporte también femenino para las Olimpiadas de Berlín de 1936?¹⁰ ¿Starace y el CONI hubiesen apoyado el fútbol femenino italiano? Aquí, obviamente, dejamos de lado la historia propiamente dicha y nos metemos en la ucronía, en lo que podría haber pasado si las cosas hubiesen salido como deberían. Seguramente, el partido contrario al fútbol femenino hubiese seguido armando jaleo; por otra parte, el fútbol europeo vivía un momento de crisis general que no veía mejora en el horizonte; pero no hay que excluir que el CONI (como hizo con los «inmorales» 800 metros femeninos) podría haberse esforzado para conseguir el pase definitivo, más interesado en la presencia «diplomática»¹¹ del consenso deportivo internacional que en las preocupaciones morales de los enemigos de las innovaciones deportivas femeninas.

CAE EL TELÓN

Cuando, el 22 de noviembre de 1933, el CONI respondió con el enésimo artículo a las acusaciones de *L'Osservatore Romano* acerca de la moralidad y la utilidad de las competiciones públicas de atletismo y de natación en la Italia fascista, pensó en sacar a relucir también el fútbol femenino (nunca mencionado en los virulentos artículos del periódico vaticano, que fue un éxito de la estrategia «antiescándalo» por parte del Club de Fútbol Femenino) para presumir ante la represión.¹ Del mismo modo, en febrero de 1934, *Il Calcio Illustrato* (que mientras tanto había ido acercándose a postulados más fascistas)² utilizará el pretérito imperfecto para hablar del Club de Fútbol Femenino:³ a pesar de que las fuentes sobre el final del fútbol femenino son poquísimas, parece que se puede entender que las milanesas siguieron jugando al menos hasta finales de 1933; las alessandrinas concluyeron su aventura al año siguiente.⁴

Cuando, en 1938, una lectora turinesa escribió a *Il Calcio Illustrato* preguntando si habría alguna vez «esperanza para el fútbol femenino», un redactor le respondió así: «Le confieso que no tengo mucha simpatía hacia las mujeres que juegan a *football*. En ningún deporte como en el fútbol pierden

esa feminidad que siempre deben tener presente como base de todas sus manifestaciones». El periodista contrapuso, más bien, los deseos deportivos de la lectora intentándolos redirigir, ¿por qué no se dedica al baloncesto, una disciplina que «se ajusta mejor a la gracia de una jovencita»? Por otra parte, concluía, «si la mujer pierde precisamente su gracia, en el esfuerzo despierta una sensación de dolor y una impresión de debilidad pese a que sea realmente fuerte. Recuerda que la mujer es una flor: si se marchita, es su fin».⁵

VIEJOS PREJUICIOS DIFÍCILES DE ELIMINAR

Las italianas amantes del *football* debieron esperar hasta el final de la Segunda Guerra Mundial para volver al terreno de juego,¹ pero cuando volvieron no se encontraron un campo de rosas y flores, todo lo contrario. Leyendo artículos y viendo películas de la posguerra, en efecto, sorprende ese tono, a mitad de camino entre lo sarcástico y lo sexista, utilizado por los medios de la época para hablar de las futbolistas, cuyos pantalones cortos, más que ser un símbolo de emancipación después del oscurantismo fascista, eran una oportunidad para hacer valoraciones estéticas que no tenían nada que ver con la importancia deportiva de las mujeres en el campo (¡por fin no más falda!).² Como si el Club de Fútbol Femenino no hubiese librado ya la batalla de 1933, en los mismos años en los que las *tifosinas* desaparecían progresivamente de las gradas de los estadios italianos;³ para todas las jóvenes deseosas de dedicarse al fútbol, se caminaba hacia atrás, como si se volviese al viejo fútbol falso de las bailarinas. Para aislar a las chicas a las que se les ocurriese la extravagante idea de darle una patada a un balón, los contrarios al fútbol ya no necesitaban ni siquiera un régimen dictatorial en el que apoyarse: bastaba con el conservadurismo profundo de nuestra

sociedad. Tonina Lerosse, número 12 del Génova campeón de Italia en 1968, que en 1971 estuvo en el Estadio Azteca con las italianas frente a miles de espectadores, recuerda: «En esta vida he tenido que sudar no siete, sino catorce camisas para llegar donde he llegado. Con el fútbol fue exactamente igual. Pero fue una temporada inolvidable: mi padre, sureño, no podía ver a su hija jugando al fútbol, pero yo me dejé el alma en ello».⁴

Incluso antes de llegar a expresarse en forma de lucha, ese extraño deseo se extinguía muchas veces a través de una educación claramente binaria, atestiguada y denunciada en su momento por la pedagoga Elena Gianini Belotti en su ya clásico *Dalla parte delle bambine* (1973):

Empujamos al niño a jugar a la guerra, a colgarse de los árboles, a ponerse a prueba físicamente, pero retenemos a la niña a la que le gustaría hacer las mismas cosas. Si una niña le da patadas a un balón, le enseñamos que es mejor tirarla con las manos, mientras que al niño le decimos que es mejor darle patadas.⁵

Las protestas de mayo del 68 y las de los años setenta no hicieron mucha mella en los prejuicios nacionales sobre la masculinidad «natural» del fútbol. Así pues, en 1968, tras años de intentos fallidos, se organizó el primer y verdadero campeonato femenino nacional, que empezó a darle algo de estabilidad al movimiento deportivo; a finales de los setenta, niñas como Milena Bertolini (la actual seleccionadora nacional femenina, nacida en 1966) tenían que ingeniárselas para saltarse la prohibición de jugar en equipos masculinos,⁶ que para muchas de ellas, al vivir lejos de las grandes ciudades (donde sí que había algunos equipos femeninos), podía significar renunciar por completo a su sueño de jugar al fútbol:

Cuando era pequeña, probablemente era la única chica que jugaba al fútbol, la única niña. No podía jugar al fútbol en los equipos porque, a nivel reglamentario, no había posibilidad para las niñas de jugar al fútbol con los niños, así que, a veces, cuando jugaba, me camuflaba y me hacía pasar por un niño, porque a esa edad se suele llevar el pelo corto y es difícil saber si es un niño o una niña, así que, para jugar, a veces me ponía un nombre de chico.⁷

Llegamos a 1983, cuando el periodista Giorgio Martino firmó un programa televisivo para la RAI titulado *Il boom del calcio girl [sic!]*, que empezaba demasiado optimista con un «ya no cabe duda. Es el momento del descubrimiento y del *boom* del fútbol femenino». Hablando de un partido amistoso benéfico de la selección femenina contra un equipo masculino de periodistas, Martino afirmaba que «había terminado la época pionera, esa de las mil dificultades, de los prejuicios, de las ironías. [...] Las futbolistas han entusiasmado al público y han convencido a los últimos escépticos de que el verbo del fútbol se puede conjugar perfectamente también en femenino». A pesar del entusiasmo, viendo estas grabaciones romanas de 1983 y teniendo en el rabillo del ojo la historia de hace cincuenta años, impacta un poco el retorno de ciertas cosas que ya se oían en el Milán de 1933: la futbolista Rosalba Lonero recuerda cómo, al principio, oía al público gritar que el fútbol femenino era «una ridiculez»; el médico deportivo de la Roma, Ernesto Alicicco, bajo expresa petición de Martino tranquilizaba a los telespectadores sobre las objeciones de quien «consideraba el fútbol algo fisiológicamente impracticable para las mujeres».⁸ Y, aunque con buenas intenciones, por las preguntas del periodista se puede comprender cuánto les faltaba todavía a los italianos para ser capaces de poner la palabra «mujer» al lado de «fútbol». Así,

micrófono en mano frente a una tremenda estrella del fútbol local de aquellos años como Rose Reilly,⁹ el corresponsal afirmaba, socarrón, que la escocesa nacionalizada italiana era «la confirmación de que el fútbol femenino no interrumpe en absoluto la feminidad: ya era algo seguro». Rose respondía con un tono bastante seco, sin ni siquiera mirarle a la cara: «Yo creo que sí... o sea, ya llevo jugando al fútbol más de diez años, y... eso, como puede verse, ¡no perjudica a la mujer!». ¹⁰

Y por fin llegamos a la actual generación de futbolistas italianas, simbolizada por ese *#RagazzeMondiali* que empezaron a practicar ya de niñas, antes o después del 2000, guiadas por Milena Bertolini, que ve, para ellas, un terreno más despejado: «Los sufrimientos, las dificultades que las de mi generación, mis coetáneas, tuvieron que afrontar, todo ha servido para darles hoy la posibilidad a las jóvenes de jugar al fútbol de manera diferente». ¹¹ Incluso hay alguna de la «vieja guardia» que, como la secretaria general de la selección femenina, Elide Martini, ¹² tiene miedo de que «las chicas puedan no entender que su libertad fue comprada por quienes las precedieron». ¹³ Aunque despejado, el camino para Barbara Bonansea y sus compañeras, no ha sido en absoluto cuesta abajo: cada una de ellas ha tenido que luchar —en el patio de su casa, en los parques y en los campos de fútbol de la escuela, ¹⁴ y finalmente en las instalaciones deportivas— contra los prejuicios atenuados respecto al pasado, pero todavía presentes en la sociedad italiana. ¹⁵ Barbara, nacida en 1991, cuando empezó de pequeña «ignoraba que hubiese fútbol femenino», por lo que empezó a jugar con sus amigos niños, que la trataban «de maravilla, aunque si me decían cualquier cosa, les pegaba. A veces me llamaban “Barbaro”, entonces yo les cogía por el cuello y les decía: “Pídeme perdón”». ¹⁶

En su reciente autobiografía, la delantera de la selección cuenta su dramático debut en un partido oficial, después de muchos entrenamientos con el equipo benjamín: «Todos eran chicos, todos excepto yo. Solo en ese momento, por primera vez después de meses, me di cuenta de que era la única chica. Clavé los pies en el suelo, me crucé de brazos y me abandoné a un llanto desesperado: “Yo no salgo al campo”». ¹⁷ Su padre —digno heredero de aquellos pocos italianos de sexo masculino que, tanto hoy como ayer, han conseguido vencer el prejuicio y, por lo tanto, han renunciado al privilegio de nacimiento— ¹⁸ logró convencer a la pequeña Barbara para que saliera al campo, recordándole lo que sentía cuando jugaba en el patio con otros niños: «Fíate, siempre es el mismo juego». ¹⁹ La futbolista reflexionó más tarde: «Tenía razón mi padre: es el mismo e idéntico juego». ²⁰

Así, pues, si «ser niña, chica y luego mujer, ahora, en un lugar que cientos de años de tradición describían y contaban como un inviolable templo masculino, lleva consigo una carga emocional extraordinariamente potente, entre antiguas dificultades y energía revolucionaria», ²¹ Barbara se siente atraída —como sus compañeras de la selección— a continuar con la lucha contra los prejuicios de esas pequeñas, siempre más numerosas, que sueñan con patear un balón: «Me encuentro con tantas niñas por la calle que juegan y me dicen: “Pero ¿cómo es posible? Los chicos se burlan de mí, mi mamá no quiere...”». Yo pienso que si lo llevas dentro, no debes rendirte; así que, si sentís que es vuestra pasión, no os rindáis, porque así seréis felices con lo que hagáis». ²² Otra manera de decir, con un vocabulario un poco más actualizado: «Adoro tantísimo el fútbol...». Como cantaba un amante del balón y poeta de los desheredados de la humanidad: «Cuando conozcáis vuestra historia | entonces por fin sabréis de dónde venís». ²³

Siglas

SIGLAS DEL ENSAYO

Dada la naturaleza de este ensayo, se ha evitado proporcionar una bibliografía detallada para cada uno de los argumentos tocados en el curso de la disertación. No obstante, invito al lector interesado a profundizar y consultar las amplias bibliografías que se pueden encontrar en mis trabajos, mayoritariamente de acceso libre (es decir, la consulta es gratuita) y recopilados en <https://unive.academia.edu/MarcoGiani>.

SIGLAS DE LOS CORPUS TEXTUALES Y DE LAS FUENTES PRIMARIAS CITADAS

[*] *Corpus sul Calcio Femminile in Italia* (1933), <http://bit.ly/2ZsMJ6o>

[**] *Corpus su Donne, Calcio e Sport in Italia* (1933 ca.), <http://bit.ly/2XOrE5R>

[Int. F. B.] *Intervista a Francesco Bacigalupo* (10-02-2020), <http://bit.ly/3ap2X63>

Materiali Materiali per lo studio del Gruppo Femminile Calcistico (1933), <http://bit.ly/2H7Nnkm>

[Tw] Materiali sul tifo calcistico femminile nell'Italia del Ventennio, <http://bit.ly/2XqKtMY>

SIGLAS DE LAS REVISTAS CITADAS

A	<i>Amica</i>
GM	<i>Guerin Meschino</i>
GS	<i>Guerin Sportivo</i>
EX	<i>Excelsior</i>
IBS	<i>Il Brivido Sportivo</i>
ICI	<i>Il Calcio Illustrato</i>
IL	<i>Il Littoriale</i>
IP	<i>Il Piccolo» (Alessandria)</i>
IRF	<i>Il Regime Fascista</i>
IS	<i>Il Secolo Illustrato</i>
ISLS	<i>Il Secolo - La Sera</i>
IT	<i>Il Tifone</i>
ITDI	<i>Il Travaso delle Idee</i>
L	<i>Lidel</i>
LA	<i>L'Ambrosiano</i>
LAS	<i>L'Araldo Sportivo (Alessandria)</i>
LDS	<i>La Domenica Sportiva</i>
LGDS	<i>La Gazzetta dello Sport</i>
LIGS	<i>L'Illustrazione Gran Sport</i>
LO	<i>L'Ora</i>
LOR	<i>L'Osservatore Romano</i>
LSBSP	<i>La Sberla Sportiva</i>
LS	<i>Lo Sport</i>
LSF	<i>Lo Sport Fascista</i>
LSI	<i>La Signorina</i>
LSS	<i>Lo Schermo Sportivo</i>
LU	<i>L'Unità</i>

LVS *La Voce Sportiva*
MEI *Maternità ed Infanzia*
MIIN *Milan Inter*
NO *Novella*
TGS *Tutti gli Sports*

Notas

¿El fútbol no es deporte para señoritas?

¹ <https://bit.ly/3dDwCd8>.

² El equipo *amateur* femenino, tras haberse asociado con el Atalanta en dos temporadas (2017-2019), se disolvió en el otoño de 2019.

³ Citado en Remo Bassetti, *Storia e storie dello sport in Italia*, Marsilio, Venecia, 1999, p. 56.

¿Deporte «masculino» y deporte «femenino»?

¹ Marco Giani, «#RagazzeMondiali. Spinte globalizzanti e specificità nazionali nel calcio femminile italiano», en *Glocalism*, 1 (2020), pp. 1-105, <https://bit.ly/3cuPRp3>, p. 5.

² Marco Giani, «Capitane coraggiose», pendiente de revisión por pares ciegos en *Glocalism*, <https://glocalismjournal.org>.

³ Marco Giani, «#RagazzeMondiali», cit., pp. 4-5.

⁴ *Ibid.*, pp. 77-78.

⁵ «Coger y sujetar las cosas es el objetivo de un aprendizaje que se realiza a través de los juegos de la infancia, los juegos con la pelota, por ejemplo: los de los niños involucran más los pies y las piernas que las manos; en los juegos que atañen a las niñas, no se hace uso de los pies como

medio de propulsión. Estos juegos son, probablemente, una de las primeras y principales herramientas por las que se transmite y se impone una postura corporal propia de cada sexo» (Colette Guillaumin, «Il corpo costruito», en *Studi culturali*, 3,2 (2006), pp. 307-341, en particular p. 322).

⁶ Podríamos profundizar más detalladamente en la cuestión, analizando, por ejemplo, los focos de resistencia dentro del espacio nacional, que a menudo coinciden con las zonas menos dispuestas socialmente a cambiar, sobre todo por lo que respecta a la imagen de la mujer. Si lo pensamos, entre las italianas de la selección nacional de 2019, como Linda Tucceri Cimini, quien desde niña fue vista como una presencia excéntrica por los ancianos de su pueblo en los Abruzos (Milena Bertolini, Domenico Savino, *Quelle che... il calcio. Le ragazze del Mondiale*, Aliberti, Reggio Emilia, 2019, p. 71); o las tremendas dificultades que se encontró en los años noventa Rosalia Pipitone: «En Sicilia, la mentalidad era esa por la que una niña no solo no podía correr detrás de un balón, sino que no debía. Ni siquiera se nos planteaba como una posibilidad. En las escuelas de fútbol solo escogían a los niños, decían que iba contra las normas escoger a una niña. Tal que así nos lo decían. Así que tan solo nos quedaban las calles» (Alessandro Alciato, *Non pettinavamo mica le bambole. Le meravigliose storie delle ragazze della Nazionale*, Baldini y Castoldi, Milán, 2019, p. 123). Para el argumento véase también Marco Giani, «I “piccoli eroi del quotidiano” ovvero... dei genitori delle azzurre», es decir... los padres de las italianas, <https://bit.ly/2SXFUcc>; Marco Giani, #RagazzeMondiali, cit., p. 79.

⁷ Como ejemplo del continuo «cambio de género» en la animación deportiva de LOS EE. UU., véase Marco Giani, #RagazzeMondiali, cit., p. 80.

⁸ Massimiliano Mascolo, *Almanacco del basket al femminile dal 1924 all'altro ieri*, Melting Pot, Viterbo, 2016, p. 52.

⁹ Daniele Serapiglia, «La palla al volo in epoca fascista», en Daniele Serapiglia (ed.), *Tempo libero, sport e fascismo*, BraDypUs.net, Bologna, 2016, pp. 109-124, en particular pp. 115-117.

¹⁰ Daniele Serapiglia, «Le donne e gli anni 80 in Italia attraverso la storia del volley», en *La camera blu*, 17 (2017), <https://bit.ly/3cEXzNH>, pp. 91-92.

¿Italianas que juegan al fútbol?

¹ Tim Tate, *Women's Football: The Secret History*, John Blake, Londres, 2016, pp. 27-31; Museo del Fútbol Mundial de la FIFA, *The Official History of the FIFA Women's World Cup*, Carlton Books, Londres, 2019 (2ª edición), pp. 9-10.

² Moris Gasparri, Michele Uva, *Campionesse. Storie vincenti del calcio femminile*, Giunti, Florencia/Milán 2018, pp. 18-22; Marco Giani, «#RagazzeMondiali», cit., p. 12.

³ Jean Williams, *Globalising Women's Football: Europe, Migration and Professionalization*, Lang AG, Berna, 2013, p. 21; Pascal Boniface, Carole Gómez, *Quand le football s'accorde au féminin*, UNESCO/IRIS/UNFP, París, 2019, <https://bit.ly/35V9LqN>, p. 26.

⁴ M. A. Messner, «Sports and Male Domination», en *Sociology of Sport Journal*, 5 (1988), pp. 197-211, en particular pp. 200-201.

⁵ Gino Cervi, Sergio Giuntini, *Milano nello sport*, Hoepli, Milán 2014, p. 15.

⁶ Sergio Giuntini, *Storia dello sport a Milano*, Edi-Ermes, Milán 1991, p. 48. En la cita citada por Giuntini se la ha definido como «Srta. Mather» y así es, exclusivamente, como se refiere a ella Felice Fabrizio, *Andare verso il popolo. Fascismo e sport a Milano negli anni Trenta*, Aracne, Canterano 2018, p. 150.

⁷ Marco Giani, ««Amo moltissimo il giuoco del calcio.» Storia e retorica del primo esperimento di calcio femminile in Italia (Milano, 1933)», en *La Camera Blu*, 17, 2017, pp. 384-422, <https://bit.ly/2ZokVZY>; Marco Giani, «Le nere “sottanine” e la “congiura del silenzio”: lingua e immagini nelle polemiche giornalistiche sul “Gruppo Femminile Calcistico” milanese (1933)», en *Lingue e Culture dei Media*, 1, 2 (2017), pp. 15-63, <https://bit.ly/2WsLmGc>; Marco Giani, «“Queste ardite pioniere del gioco del calcio”. Prime notizie sulla nascita del calcio femminile ad Alessandria (1933)», en *Studi Piemontesi*, XLVIII, 2019, pp. 221-230; Marco Giani, «“And then We Were Boycotted”. New Discoveries about the Birth of Women's Football in Italy (1933)», <https://bit.ly/2Lkw2Fo>; Marco Giani,

«Tentare la rivoluzione, reprimere la rivoluzione. Questioni storiografiche sul primo esperimento di calcio femminile in Italia (Milano, 1933)», en proceso de publicación por *Atti della Siss* (Convenio de Vercelli, 2017).

⁸ Stefano Lorenzetto, *Tipi italiani: venticinque vite fuori dall'ordinario*, Marsilio, Venecia 2004, pp. 77-78.

⁹ <https://bit.ly/3fDVq6J>. Para una reseña de testimonios sobre las futbolistas italianas espontáneas antes de 1945, véase <https://bit.ly/36o2vdv>.

¹⁰ *A*, enero 1934, pp. 43-45 [*].

¹¹ Marco Giani, «Le nere “sottanine”», cit., p. 24; Giovanni Di Salvo, *Le pioniere del calcio. La storia di un gruppo di donne che sfidò il regime fascista*, Bradipolibri, Ivrea 2018, pp. 19-20. Sobre las *girls* futbolistas, véase también *Materiali*.

¹² *IL*, 3 de febrero 1931, p. 3 [*].

¹³ Sobre el argumento, véase Marco Giani, «Playing Football with the Chorus Girls. Vaudeville Women's Football in Naples (1931)», *Playing Pasts*, <https://bit.ly/3hd9oii>.

Una nueva práctica social: la afición femenina

¹ Marco Giani, «#RagazzeMondiali», cit., p. 11.

² Marco Giani, «Le nere “sottanine”», cit., p. 3.

³ La conexión entre *tifosinas* y futbolistas femeninas se ha demostrado en el hecho de que *Il Tifone* cedió la coordinación de las aspirantes al primer equipo romano al editor Adamo en camiseta porque él «estaba cada semana con las más tenaces *tifosinas* y podía, mejor que nadie, interpretar sus sentimientos» (*IT*, 6 de junio 1933, p. 3).

⁴ Marco Giani, «La rivoluzione delle tifosine. Il discorso sul tifo femminile calcistico nell'Italia degli anni Trenta», en *Diacronie. Studi di Storia Contemporanea*, 42, 2/2020, https://www.studistorici.com/2020/06/29/giani_numero_42/.

⁵ Patrizia Dogliani, *Il fascismo degli italiani. Una storia sociale*, De Agostini, Novara, 2014, p. 204.

⁶ *Ibid.*, cit., p. 204.

⁷ Para dos testimonios de hinchas de estas disciplinas, véase *LVS*, 13 de enero 1931, p. 3 [**]; *LVS*, 3 de febrero 1931, p. 3 [**].

⁸ Patrizia Dogliani, *Il fascismo degli italiani*, cit., p. 204.

⁹ *Ibid.*, p. 126.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ *Ibid.*, p. 122.

¹² *Ibid.*, p. 211.

¹³ *ICI*, 19 de enero 1938, p. 3 [Tw]. Sobre este testimonio, véase Marco Giani, «La rivoluzione delle tifosine», cit.

¹⁴ Marco Giani, «La rivoluzione delle tifosine», cit.

¹⁵ Enrico Landoni, *Gli atleti del Duce. La politica sportiva del Fascismo, 1919-1939*, Mimesis, Milán/Údine, 2016, pp. 141-142; Sergio Giuntini, *La rivoluzione del corpo. Le italiane e lo sport dalla «Signorina Pedani» a Ondina Valla*, Aracne, Canterano, 2019, pp. 206-207.

Un pasatiempo para las ciudadanas (¡y para los milaneses!)

¹ Expresión utilizada en diversos países para referirse al descanso laboral a partir del mediodía del sábado. Esta práctica fue adoptada inicialmente por Inglaterra durante la segunda mitad del siglo XIX. (*N. de la T.*)

² *LSI*, 19 enero de 1933, p. 3 [Tw].

³ Además de la estudiante anónima de violín en el conservatorio local de Milán y futbolista del Club de Fútbol Femenino (sobre ella véase *A*, enero de 1934, pp. 43-45 [*], y *Materiali*), nos acordamos de Tina Caglio, descrita por *Zero a zero: Sportalmanacco de Lo Schermo Sportivo*, 1934 (9 de enero 1934, pp. 21-45 [*]): «Valiente pintora y nueva hincha de los negro-azules. Los milanistas insinúan que es una de las pocas... cosas bonitas del equipo rival».

⁴ Gustavo Pallicca, «Ondina Valla (1916-2006)», en Maria Canella, Sergio Giuntini, Ivano Granata (editores), *Donna e sport*, Franco Angeli, Milán 2019, pp. 242-254.

⁵ Sandra Artom, Anna Rita Calabrò, *Sorelle d'Italia. Quattordici Grandi Signore raccontano la loro (e la nostra) storia*, Rizzoli, Milán, 1989, p. 276.

⁶ Reléase en este sentido el estupendo retrato de la realidad ciudadana de las *tifosinas* presente en el artículo «Tifose», firmado por la milanese (interista) Bianca Tedeschi Avancini: *A*, enero de 1932, pp. 37-39 [**].

⁷ *LSI*, 22 diciembre 1932, p. 3 [Tw].

⁸ Marco Giani, «“And then We Were Boycotted”», cit.; [INT. F. B.].

⁹ Para las biografías de los diversos componentes de la casa Boccalini, véase Marco Giani, «Lodigiane, sportive, partigiane», cit.; en concreto, para la de Giovanna Boccalini Barcellona, véase Alice Vergnaghi, «Storia di una lodigiana: Giovanna Boccalini Barcellona. Dall'infanzia vissuta a Lodi all'esperienza nella Resistenza milanese», en *Archivio Storico Lodigiano*, CXXXVIII (2019), pp. 399-423.

¹⁰ Escogida como portada de Marco Giani, *Tifose gratis allo stadio? Una (fallita) campagna mediatica di fine anni Trenta*, <https://bit.ly/35UTzFV>.

¹¹ Gino Cervi, Sergio Giuntini, *Milano nello sport*, cit., p. 192.

¹² Marco Giani, «Lodigiane, sportive, partigiane», cit., p. 194.

¹³ Ugo y Piero Cardosi eran de Livorno; la familia Amodeo no era originaria de Milán, sino de Abbiategrasso: véase Marco Giani, «“And then We Were Boycotted”», cit. Algunas futbolistas del Club de Fútbol Femenino ni siquiera habían nacido en Milán: entre ellas y a la luz de los datos biográficos que por ahora han surgido de las búsquedas (expuestos en *Materiali*), están incluidas Margherita Loverro (nacida en 1910 en Acquaviva delle Fonti, provincia de Bari), Losanna Strigarò (nacida en 1911 en Údine) y las hermanas Maria y Graziella Lucchese (nacidas respectivamente en 1912 y en 1913 en Mesina).

¹⁴ Véase, con tal propósito, el esclarecedor ejemplo autobiográfico contado por la escritora italo-somala Igiaba Scego (n. 1974). Abandonada *de facto* por sus padres durante un tiempo (1990-1992), la adolescente encontró en los partidos de Roma en el Estadio Olímpico uno de esos extraños momentos de serenidad y de integración en la sociedad italiana: véase Igiaba Scego, *La mia casa è dove sono*, Loescher, Turín, 2012, pp. 124-128.

¹⁵ En el verano de 1938, tras haber puesto en marcha la ya citada iniciativa de la entrada gratuita para las *tifosinas* interinas al Arena, emitirá una larga entrevista (a saber *ICI*, 4 de mayo 1938, p. 2) a Leone Boccali, todavía directo de aquel *Il Calcio Illustrato* que, cinco años antes, había apoyado mediáticamente al Club de Fútbol Femenino: véase Marco Giani, «Le nere “sottanine”», cit., p. 22, además de los materiales reunidos en <http://bit.ly/39fircv>. Durante la República Social Italiana, en 1944, Pozzani cubrió durante algunos meses el cargo de presidente de la FIGC; en 1948 se presentó como candidato independiente en las listas del Bloque Nacional en Milán: véase *MIIIN*, 13 de abril 1948, p. 2, además de los materiales reunidos en <http://bit.ly/2Te1r15>.

¹⁶ Le agradezco la identificación del capitán a Dino Numerato, que en la primavera de 2020, bajo mi petición, interrogó al respecto al archivero histórico del Sparta Praga, Václav Boreček.

¹⁷ Marco Giani, «“And then We Were Boycotted”», cit.; véase también <http://bit.ly/2GJH5VY>.

***Tifosinas* bastante polémicas**

¹ Marco Giani, «La rivoluzione delle tifosine», cit.

² Massimo Fini, Giancarlo Padovan, *Storia reazionaria del calcio*, Marsilio, Venecia, 2019, p. 175.

³ Marco Giani, «La rivoluzione delle tifosine», cit.

⁴ Helga Dittrich-Johansen, «La “donna nuova” di Mussolini tra evasione e consumismo», en *Studi Storici*, xxvi (1995), pp. 811-843, en particular pp. 836-838.

⁵ Sobre esto, véase Marco Giani, «La rivoluzione delle tifosine», cit., además de Marco Giani, «Agguerrite tifosine», en fase de redacción.

⁶ Véase, por ejemplo, las interesantes observaciones del napolitano Santaniello: «Mientras que la mayor parte de las mujeres van al teatro, al cine o a la danza por este u otro actor o bailarín, al campo, sin embargo, no acuden solo por Sallustro o Marietti, sino por el amor hacia el juego. Y el partido es el balón, ninguna otra cosa. Si miráis un poco, durante

esos noventa minutos, el rostro de vuestras vecinas, os percataréis de que la atención de estas no se dirige hacia el centro-ataque ni al grupo que va en cabeza, sino a la evolución dinámica del esférico por el que compiten ambos equipos» (*LVS*, 6 de enero 1931, p. 3 [**]).

⁷ «¿Mujeres jugadoras de fútbol? He aquí la gran cuestión: y, mientras tanto, a nosotros nos llegan cartas sobre cartas de otras chicas que quieren discutir y opinar» (*IL*, 7 de marzo 1933, p. 4 [*]).

⁸ De entre los aliados, ya sea de las *tifosinas* como de las futbolistas del Club de Fútbol Femenino, podríamos nombrar al periódico *Il Calcio Illustrato*; de entre los enemigos de ambas, al corresponsal milanés de *Il Brivido Sportivo*, que firmaba con el pseudónimo Torquemada. Este último, de hecho, en *IBS*, 26 de abril 1933, p. 4, contaba mofándose que una aficionada del Milan, a pesar de haberlo dicho durante todo el partido, seguramente no conocía el significado exacto del término *off-side* [sic]; lo mismo sucedería dos semanas después, en un ataque contra las jugadoras del Club de Fútbol Femenino: *IBS*, 10 de mayo 1933, p. 4 [*].

⁹ Sobre los diversos «¿por qué no?» incluidos en la carta de Nini Zanetti de 1932, véase Marco Giani, «Tentare la rivoluzione», cit.

Las preguntas de Nini de la afición pasiva al fútbol activo

¹ *A*, enero 1934, pp. 43-45 [*]. Siempre de la misma fuente: «Son más de treinta las chicas a las que la gran afición por los equipos de fútbol masculino ha empujado a probar la embriaguez del juego, ampliando el rol de espectadoras, incansables y entusiastas, al de protagonistas: acción de fuerza, fuente de salud».

² *LDS*, 28 de agosto 1932, p. 11 [*].

³ Marco Giani, «Tifose gratis allo stadio?», cit.

⁴ Recordemos el desesperado intento de Scaglione, quien en octubre de 1933 intentó salvar el equipo alessandrino apelando a la circular de Arpinati (15 marzo 1933) y de Vaccaro (29 julio 1933): véase Marco Giani, «Tentare la rivoluzione», cit.

A la luz del día: las condiciones del fútbol

¹ Un ejemplo históricamente interesante de condiciones naturales es el del fútbol de carnaval, una forma primitiva de fútbol jugada durante siglos en la Gran Bretaña preindustrial: los Enclosures Acts que, entre el siglo xvi-ii y principios del xix cercaron muchos terrenos del Estado con acceso libre hasta ese momento, les quitaron literalmente el campo a los jugadores, quienes a menudo marchaban a otro país para marcar gol en el contiguo, siendo así identificada a veces la anteiglesia del país rival como meta final de estos confusos y violentísimos partidos, capaces de involucrar a centenas, a veces miles, de jugadores masculinos (Tim Tate, *Women's Football*, cit., pp. 24-26). En Georgia todavía subsiste un juego popular muy similar al fútbol de carnaval llamado Lelo Burti: véase <https://bit.ly/3fG5coZ>.

² Expresión utilizada por Marta Boccalini en sus memorias familiares tituladas como *Ricordando ...*, véase sobre las cuales Marco Giani, «Lodigiane, sportive, partigiane», cit.

³ Para una visión completa del estado del deporte milanés en aquel 1933, véase Felice Fabrizio, *Andare verso il popolo*, cit.

⁴ Marco Giani, «Tentare la rivoluzione», cit. Bajo este punto de vista se puede comprender la contraposición semántica entre «deporte» y «diversión» presente en una carta enviada por «M. L. romanista» a *Il Littoriale*, donde la chica aconseja a las nuevas futbolistas milanesas: si quieren practicar el fútbol como un verdadero deporte, «que escojan otro diferente»; pero si se trata en su lugar de un «entretenimiento», que «vayan al campo a jugar (como hago yo) donde nadie pueda criticarlas maliciosamente» (*Il*, 7 de marzo 1933, p. 4 [*]).

⁵ Sobre la represión fascista hacia los clubes deportivos disidentes en Milán a mitad de los años veinte, véase Enrico Landoni, *Gli atleti del Duce*, cit., p. 66.

⁶ Sobre el papel titular de Cardosi dentro del Club de Fútbol Femenino, véase Marco Giani, «Tentare la rivoluzione», cit. En cuanto a esto señalo, como viene señalado en el recentísimo trabajo de Mercuri, el

perfil bajo que mantuvo Cardosi respecto al de Scaglione (el presidente del equipo alessandrino) y al de los mánager ingleses de las futbolistas del periodo bélico, y cuyas consecuencias dejaron más espacio mediático a las chicas del Club de Fútbol Femenino.: véase Vincenzo Mercuri, *Diivette delle federazioni alla pratica del calcio femminile. Confronto tra Inghilterra (1921) e Italia (1933)*, tesis de máster, Università di Bologna, a.a. 2018/2019 (polémica en 2020), directora Patrizia Dogliani, p. 124.

⁷ NO, 25 giugno 1933, p. 15. A pesar de que el permiso parental podría haber ayudado al estado de las huérfanas de padre de muchas futbolistas como las hermanas Boccalini (cuyo padre Francesco murió alcoholizado en 1928) o Wanda Dell'Orto (le agradezco la información a Filippo Contaldo), recordemos, sin embargo, que la contrariedad de la pareja parental respecto a la práctica deportiva de las hijas en la Italia fascista venía a menudo de las madres, no de los padres: véase Marco Giani, «Aspettarsi meraviglie dalla propria piccola Trebisonda. Il ruolo della famiglia nella pratica sportiva femminile del Ventennio», en *Carte Italiane*, 12(1), pp. 51-74, <https://bit.ly/2YZAy3K>.

La lucha fuera del campo por el derecho a jugar

¹ Para una reconstrucción cronológica de los diversos encuentros futbolísticos ya sean del Club de Fútbol Femenino como del Alessandria, véase *Materiali*.

² Marco Giani, «Amo moltissimo il giuoco del calcio», cit., p. 402.

³ Marco Giani, «Le nere “sottanine”», cit., p. 31. Para otro ejemplo de aquel 1933 en el que las chicas tomaron la palabra en los periódicos para defender su derecho a practicar deporte, véase Marco Giani, «Cattoliche, fasciste e sportive»: una testimonianza sulla pratica sportiva femminile (1933)», en *Olimpia*, I, 2-3, diciembre 2017/junio 2018, pp. 59-108, <http://bit.ly/2vilWgo>.

⁴ Sobre el papel desempeñado por Losanna en el Club de Fútbol Femenino, véase Marco Giani, «Tentare la rivoluzione», cit.

⁵ Bruno Slawitz escribió: «Strigaro ya no sabe dónde plantar la semilla de la propaganda. Mientras tanto, para que no olvidemos que las futbolistas continúan con honesta existencia, mantiene viva la atención con cartas y circulares distribuidas a la prensa periódicamente. Esperamos que sus compañeras le otorguen una medalla por méritos especiales» (*GS*, 21 de junio 1933, p. 2 [*]). Carlo Brighenti la presentó así a los lectores de *Il Calcio Illustrato*: «La jugadora-organizadora es la señorita Losanna Strigaro, la que ha creado polémica a través de la prensa italiana, que ha inundado las redacciones de los periódicos con comunicados, informes, fotografías, circulares, etc. Es una señorita simpática, inteligente, sensata» (*JCI*, 24 de mayo 1933, p. 2 [*]).

⁶ *LGDS*, 1 de abril 1933, p. 5 [*]. Sobre el papel de Arpinati en la concesión del permiso temporal y sobre el plazo de este, véase Marco Giani, «Tentare la rivoluzione», cit.

Los prejuicios de 1933

¹ Teniendo frente a nosotros una prensa bajo la censura del régimen, lo publicado en los periódicos obviamente seguía el rumbo del poder en los niveles más altos del deporte italiano. Durante las primeras semanas (mitad de febrero a principios de marzo) la prensa italiana se limitó a ignorar completamente a las futbolistas milanesas a través de esa «conspiración del silencio» que denunció Losanna Strigaro en *IL*, 16 de marzo 1933, p. 4 [*], o bien, a ridiculizarlas, sin ni siquiera sentir la necesidad de justificar afirmaciones como la siguiente: «¿Adversos nosotros? Tan solo decimos que la mujer no ha nacido para jugar al fútbol» (*IL*, 1 de marzo 1933, p. 3 [*]). A mitad de marzo, tanto *Il Regime Fascista* como, sobre todo, *Lo Schermo Sportivo* intentaron finalmente argumentar su contrariedad hacia el fútbol femenino: véase *LSS*, 14 de marzo 1933, p. 2 [*]; *IRF*, 16 marzo 1933, p. 6 [*]. Todo esto cambió, obviamente, con la publicación del permiso de Arpinati, como entendemos por el superficial «Está bien, está bien» con el que dos días antes *Il Littoriale* despachó a las futbolistas (*IL*, 30 de marzo

1933, p. 4). Desde ese momento, nadie osaría ponerse en contra conscientemente del deseo del presidente del CONI, ni siquiera Luigi Ferrario, cuyo artículo «Los deportes más adecuados para la mujer», publicado el 2 de abril 1933 en las páginas del semanal *La Domenica Sportiva*, fue escrito con anterioridad, como se demostró de manera incontrovertible en el pasaje donde se dice que el CONI no había decidido todavía el destino del Club de Fútbol Femenino: véase *LDS*, 2 de abril 1933, p. 11 [*]. Si *Il Calcio Illustrato*, el 12 de abril, les contó a sus propios lectores que «los apoyos» al Club de Fútbol Femenino «llueven a mares, es porque las jerarquías deportivas permiten la realización en privado, es decir, no con el objetivo de crear espectáculo, sino de un fútbol femenino regulado racionalmente» (*ICI*, 12 de abril 1933, p. 13 [*]), al día siguiente, el semanal romano *Il Tifone*, que anteriormente había ironizado sobre las futbolistas milanesas, no solo respondió cordialmente a una anónima «futbolista milanesa», sino que además, hizo gala de haber «tomado la iniciativa» de crear el primer equipo femenino de Roma (*IT*, 12 de abril 1933, p. 5 [*]) —que nunca verá la luz para la crónica deportiva: véase *Materiali*. De aquí en adelante, excepto por algún periódico humorístico, el Grupo de Fútbol Femenino no recibiría ningún ataque directo hasta los últimos días de julio (a raíz del artículo de Ferrario publicado en *LGDS*, 23 de julio 1933, p. 3 [*]), coincidiendo con el inicio el punto de inflexión sobre el fútbol femenino en las instancias superiores del CONI, véase Marco Giani, «Tentare la rivoluzione», cit.

² *LSS*, 14 de marzo 1933, p. 2 [*]. *Lo Schermo Sportivo* hace solo una pequeña mención a otro argumento higiénico-fisiológico, el de la menstruación («Y sobre el periodo... lunar, ¿podría empezar en mitad de un partido?»), normalmente silenciado por el resto de la prensa deportiva, quizás porque era demasiado escabroso para las revistas que querían mantener un tono liviano, y más adecuado a las publicaciones científicas como las de fisiología donde los médicos deportivos podían discutir sobre este tipo de problemas.

³ En este sentido, se entiende el pie de página de una de las primeras fotos de las futbolistas en acción: «Cuando los músculos no están

acostumbrados al esfuerzo, se nota. Pero, con el tiempo...» (*ICI*, 29 de marzo 1933, p. 11 [*]).

⁴ Sobre dicha problemática, véase Marco Giani, «Far giocare le ragazze», en revisión a pares.

⁵ Deporte similar al voleibol, con el que comparte algunas reglas, basado en un sistema de lanzamientos y recepciones.

⁶ *LDS*, 2 de abril 1933, p. 11 [*].

⁷ «Creemos, por ejemplo, que ningún físico puede acostumbrarse a soportar un esfuerzo si no se entrena o prepara inmediatamente. Por lo tanto, no se puede empezar a jugar a fútbol si previamente no se ha educado físicamente en el esfuerzo a los cuerpos de las mujeres que se dedicarían al fútbol, el cual requiere una gran suma de sacrificios. Será necesario, entonces, pensar eventualmente en los deportes básicos femeninos, tan poco difundidos por Italia, antes de llegar a esos deportes donde se requiere un cuerpo preparado físicamente. Los juegos de pelota adecuados a las mujeres son muchos, por lo que todas las guapas atletas que deseen dedicarse al ejercicio físico al aire libre pueden optar ahora por una gran variedad para jugar» (*LDS*, 2 de abril 1933, p. 11 [*]).

⁸ *TGS*, 8 de octubre 1933 [*] (cit. en Giovanni Di Salvo, *Le pioniere del calcio*, cit., p. 77).

⁹ *IRF*, 26 de marzo 1933, p. 6 [*].

¹⁰ En este sentido, dicha segunda categoría de prejuicios destaca lo relacionado con la excesiva musculatura de las futbolistas, mucho más desarrollada que la de una mujer; la hinchada anónima romanista y lectora de *Il Littoriale*, que aconsejaba a las futbolistas milanesas que escogiesen, entre los diversos deportes, uno que fuese «hecho para ellas», es decir, más adecuado a la «armonía del cuerpo femenino» ya que «el fútbol no hace otra cosa que desarrollar los músculos de las piernas» (*IL*, 7 de marzo 1933, p. 4 [*]). Justamente por la excesiva musculatura, Nicola Pende, en 1937 —pasándose al bando de los enemigos del fútbol femenino—, criticará a las mujeres futbolistas («las pantorrillas hinchadas y duras, y los tobillos gruesos y tendinosos de las futbolistas, de las esgrimidoras, de las ciclistas»), véase *Materiali*.

¹¹ Sobre la relación entre belleza física, juventud, actividad deportiva y maternidad futura, véase, por ejemplo *IL*, 4 de julio 1933, p. 6 [*].

¹² Giuseppe Poggi Longostrevi, *Cultura fisica della donna ed estetica femminile*, Hoepli, Milán, 1933, p. 64. Para un comentario sobre el pasaje en cuestión, véase, Angela Teja, *Educazione fisica al femminile*, Società Stampa Sportiva, Roma, 1995, p. 199.

¹³ *LSS*, 14 de marzo 1933, p. 2.

¹⁴ Marco Giani, «Nuotare con Clelia, correre con Atalanta, giocare a palla con Nausicaa: il riutilizzo di figure classiche nelle polemiche sullo sport femminile nell'Italia fascista degli anni Trenta», en *Litera*, 28 (2), pp. 163-184, <https://bit.ly/2TTiKnN>.

¹⁵ *TGS*, 8 de octubre 1933 [*] (cit. en Giovanni Di Salvo, *Le pioniere del calcio*, p. 77).

¹⁶ *LIGS*, marzo 1933, p. 61 [*]. Sobre las muecas de los y las deportistas, véase «La smorfia negli sport», en *EX*, 28 de junio 1933, p. 13 [*], además de un pasaje en el que *L'Osservatore Romano* habla de las «monstruosidades» atletismo femenino: «Nada más repugnante que los rostros congestionados, que el pelo al viento en las cabezas de Medusa; nada más grotesco que los cuerpos entumecidos, por una parte, y encogidos y retorcidos, por la otra» (*LOR*, 11 de noviembre 1933, p. 3 [**]). Debido a estas acusaciones, meses después, desde Roma, Adamo en camiseta respondió así: «No entiendo por qué muchas personas se horrorizan, o bien, se burlan con malicia ante la idea de ver a las mujeres jugar al fútbol. No es ni para reírse ni para horrorizarse. No tiene nada de ridículo que una mujer juegue con el balón. Al contrario, esta se sumará a los maravillosos atractivos del deporte, además de su feminidad y su elegancia, cosa que no siempre se ve en el deporte masculino. (N. B. No aludo ni a Sclavi ni a Filò). Una mujer que acaba con las piernas al aire durante un partido puede hacer gracia: lo admito. Pero incluso el hombre barrigón o el elegante jovencito que, por un resbalón cualquiera, cae de golpe contra el suelo, no nos deja impasibles. Es más...» (*IT*, 13 de junio 1933, p. 3 [**]). Observando la primera toma de contacto de las futbolistas alessandrinas con las espinilleras

y las zapatillas de fútbol, el periodista Camagna apreciará que, por culpa de las faldas «más de una parece un poco torpe y desfigurada, que la hermosa silueta femenina ha quedado ensombrecida» (*IL*, 20 de septiembre 1933, p. 4 [*]).

¹⁷ Las fuentes callan pudorosamente ahora sobre este argumento, pero en su manual sobre la educación física femenina, el doctor Poggi Longostrevi aconsejó a las mujeres que se dedicaban al deporte que dejaran «los pechos [...] libres [,] incluso los grandes», con tal de no perder elasticidad con el tiempo (Giuseppe Poggi Longostrevi, *Cultura fisica della donna*, cit., p. 162).

¹⁸ Marco Giani, «Ondina e le ondine. Questioni di raffigurazione (verbale e iconografica) della donna sportiva nell'Italia fascista (1933 ca.)», en *Italianistica Debreceniensis*, 24, 2018, pp. 140-160, pp. 155-159.

¹⁹ Mara Cinquepalmi, *Sport: la battaglia dei sessi*, GiULia Periodistas (editores), *Stereotipi. Donne nei media*, Ledizioni, Milán, 2019, pp. 103-113, en particular p. 107.

²⁰ Marco Giani, «L'estate della "portiera": polemiche sul linguaggio di genere per il calcio femminile», en *Lingue e Culture dei Media*, III, 1/2 (2019), pp. 16-71, <https://bit.ly/2YXplAM>, p. 64. Como le manifestó Katia Serra a Gaia Piccardi, «he hablado con las italianas mientras se encontraban reunidas: quieren que se hable de ellas por lo que harán en el campo, por nada más» (cit. en Marco Giani, «L'estate della "portiera"», cit., p. 52). Véase también la declaración post Mundial de Martina Rosucci: «Hay jugadoras guapas y jugadoras feas. Como hay jugadores guapos y jugadores feos. Deberíamos ser valorados por lo que hacemos, no por cómo somos» (cit. en Alessandro Alciato, *Non pettinavamo mica le bambole*, cit., p. 22).

²¹ Mara Cinquepalmi, *Un certo genere di sport*, en Silvia Lolli, Gioia Virgilio (editor), *Donne e sport. Riflessioni in un'ottica di genere*, I libri di Emil, Bologna, 2018, pp. 147-151, en particular p. 150.

²² Victoria De Grazia, *Le donne nel regime fascista*, Marsilio, Venecia, 2007, pp. 287-288, donde se especifica que Poggi Longostrevi también

contribuyó publicitariamente a esta campaña saludable del régimen. En marzo de 1933, el periódico de la Obra Nacional por la protección de la Maternidad y de la Infancia (ONMI) lamentaba las dietas, definidas como «aberraciones modernas, en tanto que los «organismos desnutridos y débiles no podrían procrear nunca una descendencia fuerte; y los sacrificios de la Patria por proteger a los niños, por cuidarlos, por favorecer de algún modo el ejercicio físico en la adolescencia y en la juventud, serán inútiles» (MEI, marzo 1933, pp. 10-11).

²³ *IBS*, 10 de mayo 1933, p. 4 [*].

²⁴ En una viñeta publicada por la revista boloñesa *La Sberla Sportiva* donde vemos a una defensa lateral parar el balón casi en la línea, pero dejando en el suelo dos huecos bien grandes donde aterrizó de frente con los pechos, huecos que le tocaría rellenar a un encargado bien diligente a base de palazos, y en cuyo pie de página se queja: «Señoritas, no estropeéis el terreno de juego» (*LSBSP*, 16 de marzo 1933, p. 3 [*]). La viñeta es, a su manera, un ejemplo para entender cómo, sobre todo fuera de Milán y en concreto entre las revistas de humor, los periódicos se pronunciaron sobre las futbolistas solo de oídas y no por haberlas visto jugar con sus propios ojos o, al menos, por haberlas entrevistado personalmente. No solo se burla el pie de página: «Se están constituyendo, en diversas ciudades italianas, equipos de fútbol (*por los periódicos*)», sino que también muchísimos detalles de la viñeta doble son diferentes de la realidad que se ve en las fotografías que sobrevivieron al paso del tiempo. En la primera, de hecho, vemos a una árbitro anciana (no un árbitro masculino), futbolistas con pantalones (no faldas), mucho público en las gradas (no solo uno demacrado fuera del campo), camisetas totalmente blancas o negras con una estrella en el pecho (en lugar de blanquinegras con rayas granates). De la misma manera, nótese la cubierta de *El Trasiego de las Ideas*, firmada por Bompard (*ITDI*, 19 de noviembre 1933, p. 1 [*]): las futbolistas retratadas en pantalones cortos y camisetas sin mangas no tienen nada que ver con Rosetta Boccacini y sus compañeras, el conocido diseñador se inspiró en la iconografía actual «sensual» de las revistas francesas (*La Vie*

Parisien sobre todo) para retratar a una mujer deportista, como se puede entender por la ropa particularmente ajustada.

²⁵ *GS*, 22 de marzo 1933, p. 5 [*]. Véase también la referencia al hecho de que las mujeres «refinarían» «el *football*», definido como un «deporte rudo», en *IT*, 27 de junio 1933, p. 3 [**]. Sobre dichas reglas, véase Marco Giani, «Amo moltissimo il giuoco del calcio», cit., pp. 392-393, a ser implementado con los nuevos descubrimientos expuestos en *Materiali*.

²⁶ «Entiéndase, el portero tiene que tirarse al suelo, rodar por él, parar el balón con el pecho, todas acciones no demasiado serenas para las mujeres» (*GS*, 27 de septiembre 1933, p. 6 [*]). Para evitar los famosos balonazos en las «partes delicadas», las futbolistas alessandrianas (todavía no se sabe si esta regla estaba en vigor también para las milanesas) tenían «permitido el cubrir con la mano la zona vulnerable sin que el contacto de la mano con el balón significase falta» (*GS*, 27 de setiembre 1933, p. 6 [*]); «Las futbolistas, además, están autorizadas a protegerse el pecho y el vientre de posibles contactos con el balón. Esta protección se realizará por medio de las palmas de las manos pegadas al vientre o al pecho» (*IP*, 17 de septiembre 1933).

²⁷ Sobre el uso de la falda en el fútbol femenino, véase Marco Giani, «#RagazzeMondiali», cit., p. 82, además de las imágenes encontradas en <https://bit.ly/2WFbRao>.

²⁸ Sobre el significado del adjetivo «racional» en el léxico del deporte femenino de la época, véase Marco Giani, «Le nere “sottanine”», cit., pp. 9-II.

²⁹ *GM*, 23 de abril 1933, p. 5 [*]. Véase también: «Su reglamento dispone que el juego debe ser a ras de tierra de manera que la pelota (la cual, además, es de proporciones mínimas) no pueda lastimar a las futbolistas. Y, cuando golpeen de cabeza, deben hacerlo con la frente, resistente a todos los golpes y donde no se despeinen la permanente» (*GM*, 24 de septiembre, 1933, p. 2). Esta última acusación era verdaderamente gratuita, si releemos las afirmaciones de Rosetta Boccalini, donde le explicó a Carlo Brighenti que los golpes de cabeza eran muy raros en los partidos

milaneses ya no porque estuviesen prohibidos, sino porque eran muy difíciles de efectuar hasta para ella (que era, claramente, la jugadora más hábil): véase *ICI*, 24 de mayo, 1933, p. 2 [*]. Quizás para poder golpear mejor de cabeza, Rosetta salía siempre al campo con una bandana blanca, como testimoniaban tantas fotografías de las que nos llegaron.

³⁰ En Milán, los porteros tenían trece años, así parecían más pequeños (y, por lo tanto, sexualmente «neutralizados») que la más joven de las futbolistas, Elena Cappella con catorce años: de la misma manera, en Alessandri el portero no podía superar los quince años, pues era la edad de la futbolista local más joven.

³¹ Marco Giani, «Cattoliche, fasciste e sportive», cit., pp. 85-94.

³² *LO*, 5-6 de abril 1933 [*] (cit. en Giovanni Di Salvo, *Le pioniere del calcio*, pp. 52-53).

³³ El periódico palermitano recordando como «en los otros deportes —natación, automovilismo, atletismo, aviación— la mujer, aceptando el deporte, ha aceptado el hábito», como mucho decorando el uniforme de estas disciplinas con «alguna finura, algún resquicio de natural coquetería en la mujer, demostrando que esta no olvida su sexo ni haciendo deporte», protestaba: «Sin embargo, las futbolistas de Milán siguen utilizando la camiseta del color del equipo con una falda antiestética» (*LO*, 5-6 de abril 1933 [*], cit. en Giovanni Di Salvo, *Le pioniere del calcio*, pp. 52-53).

³⁴ *GM*, 24 de septiembre 1933, p. 2.

³⁵ Aún en el primer Mundial Femenino de China de 1991, los partidos duraban 80 minutos con tal de «proteger a las jugadoras»: véase Museo de Fútbol Mundial de la FIFA, *The Official History*, cit., p. 41.

³⁶ Laura Giuliani, portera de las italianas, ha recordado que «hemos aprendido a jugar así, sería un completo error cambiar: el fútbol, de hombres o mujeres, es igual para todos»; Carolina Morace, leyenda viva del fútbol italiano, acostumbrada a agujerear las redes y ahora comentarista de las hazañas de las futbolistas, fue todavía más decidida al calificar de «peligrosas» las propuestas de Hayes, pues «nos arriesgan a llevarnos treinta años atrás y a castigar al fútbol femenino» (Marco Giani, «L'estate

della “portiera”», cit., p. 54). Para la referencia histórica implícita en las palabras de Carolina Morace, además de toda la polémica, véase Marco Giani, «#RagazzeMondiali», cit.

³⁷ *GM*, 22 de febrero 1933, p. 4 [*]. Sobre cuestiones reales sobre el vestuario afrontadas por las futbolistas milanesas, véase Marco Giani, «“And then We Were Boycotted”», cit.

³⁸ Que, por el contrario, se trate exactamente del mismo juego, es algo deseado por muchas de las futbolistas contemporáneas: véase, por ejemplo, el testimonio de Valentina Casaroli citada en Marco Giani, «L'estate della “portiera”», cit., p. 51.

³⁹ *GM*, 23 de abril 1933, p. 5 [*].

⁴⁰ «Otro contraste: mientras que en el fútbol masculino el jaleo venía de las gradas, en el femenino el silencio reinaba en estas, pero para compensarlo, se elevaba el tono de voz a uno más intenso en el campo gracias a las incansables futbolistas». Una vez acabado el partido, «las señoritas se iban satisfechas por hablar por fin un poco sobre los errores de las compañeras» (*GM*, 23 de abril 1933, p. 5 [*]). Sobre la «verbosidad de las mujeres» solo se reafirma Max David, definiéndola «sin límites»: es decir, «a estas chicas les arruina, más que nada, el hecho de no saber estar calladas y serias» (*ISI*, 25 de marzo 1933, p. 4 [*]).

⁴¹ «Las mujeres [en comparación a los futbolistas masculinos] ofrecen ventajas profesionales. Un jugador es ya viejo a los treinta años; se repite frecuentemente. Pero una señorita, incluso a los 45 años, parecerá siempre esa jovencísima futbolista de 24 » (*GM*, 22 de febrero 1933, p. 4 [*]). Véanse también las siguientes burlas: «Todas a las Juventus»; «el Génova 1893 no podrá tener equipo femenino» (*ITDI*, 16 de abril 1933, p. 6 [*]). Sobre la edad, el propio Adamo en camiseta escribió que, respecto a la edad para apuntarse en el Equipo de Fútbol Femenino romano, «está permitida la reducción del 40 por ciento» (*IT*, 27 de junio 1933, p. 3 [**]). Véase también: «[] la portera. Por ahora, sí que hay guardameta, pero si se extiende el rumor de que se necesita a una atleta mayor para ese rol, que no tenga esos pájaros en la cabeza y esté más atenta a su tarea, será

muy difícil en un futuro encontrar a una portera» (*ISLS*, 11 de marzo 1933, p. 5 [*]).

⁴² «Pero ¡ardua tarea la de las futbolistas! Al contrario que sus colegas hombres, ellas empezaron un poco tarde» (*IBS*, 10 de mayo 1933, p. 4 [*]); «Hay otros problemas: por ejemplo, ¡el del horario! ¿Podemos estar seguros de lograr que un gran número de mujeres se encuentren puntualmente en una hora ya dada? ¡Bah! ¡Con estos problemas se encontrarán los organizadores!» (*GS*, 27 de septiembre 1933, p. 6 [*]).

⁴³ Véase la viñeta: «Sería una maravillosa media punta: mira cómo va y viene» (*ICI*, 29 de marzo 1933, p. 2 [*]).

⁴⁴ «Estamos en contra del fútbol femenino. ¿Una mujer delantera? Más bien una mujer con mucha delantera» (*ITDI*, 16 de abril 1933, p. 6 [*]).

⁴⁵ Marco Giani, «Il portiere o la portiera? La nascita di una questione deonomastica sportiva», La-CRO.S.S., <https://bit.ly/3h8Bcmi>.

⁴⁶ Sobre el argumento (y en concreto su uso irónico que muchos hablantes siguen haciendo del término femenino), véase Marco Giani, «L'estate della "portiera"», cit.

⁴⁷ Marco Giani, «Agguerrite tifosine», cit.

⁴⁸ «Hablando sobre el público, se abre un nuevo y amplio horizonte para los hinchas de los mundiales: la afición deportiva con carácter epidémico y la afición sentimental, cuyas consecuencias no son fáciles de adivinar. ¡Quien lo viva, lo verá! ...» (*ISI*, 25 de marzo 1933, p. 4 [*]).

⁴⁹ *GM*, 22 de febrero 1933, p. 4 [*].

⁵⁰ «El público, si se le permite, no dejará de presenciar el desarrollo de los partidos atraídos por la golosa novedad más que por la clase de las enérgicas competidoras» (*LSBSP*, 5 de mayo 1933, p. 2 [*]); «El domingo se celebrará el debut oficial del equipo de fútbol femenino de Alessandria. [...] Las expectativas son enormes, y se comenta que hombres de todas las edades ya han reservado muchos sitios» (*GS*, 27 de septiembre 1933, p. 6 [*]).

⁵¹ *IP*, 23 de septiembre 1933, p. 2 [*]. Era un prejuicio que las futbolistas europeas conocían muy bien. Ya en 1925 el periodista deportivo francés Henri Desgranges, inventor del Tour de Francia, declaró su propia

oposición a la práctica del fútbol femenino explicando que, aún podía aceptar que las mujeres quisieran practicar deporte entre ellas en un campo rigurosamente prohibido al público; pero le parecía intolerable que lo hiciesen arrojándose, en los días festivos, a los lobos, un público deseoso de observar correr a unas chicas detrás del balón. Para la cita original en francés y para un análisis histórico que hace emerger al enterrado imaginario de la inmoral «mujer pública», en contraposición de la tranquilizadora mujer que acepta quedarse en casa, véase Pascal Boniface, Carole Gomez, *Quand le football s'accorde au féminin*, cit., p. 26

⁵² «No merece la pena seguir el discurso. Quien tiene dos dedos de frente comprende enseguida que es una ridiculez, a pesar de las buenas intenciones que puedan ponerle las defensoras... futbolistas sufragistas. Consideramos que ellas también lo comprenden, por lo que ahora solo nos queda afirmar que el propósito de crear un equipo no puede ser otra cosa que la acumulación de unos sentimientos que no son capaces ni de admitirse a ellas mismas. ¿Será necesario entonces que se los indiquemos nosotros? Que escojan pues entre: la coquetería, el afán de mostrarse con extravagancias estilo Hollywood o el deseo de publicidad hacia un buen mercado, etc. No puede haber más sentimientos que las empujen a hacer excentricidades» (*LSS*, 14 de marzo 1933, p. 2).

⁵³ *IRF*, 1 de septiembre 1933, p. 3 [*].

⁵⁴ Marco Giani, «Ondina e le ondine», cit., pp. 142-147. Nótese como *La Domenica Sportiva* al publicar en el verano de 1932 la carta de Nini Zanetti, la comparó con una fotografía de unas niñas estadounidenses jugando al fútbol, y no con una fotografía de un jugador de fútbol «profesional» francés o inglés: véase *LDS*, 28 de agosto 1932, p. 11 [*].

⁵⁵ *LSS*, 14 marzo 1933, p. 2. Truncando a la lectora Nerina C., que desde Palermo escribió que «es agradable / correr hechizada / por el campo», *Il Littoriale* le sugirió, no solo que dejase aparte a las Musas, sino que «corra en el campo sin poetizar: corra de manera jubilosa y ojalá cogida de la mano de un jovencito» (*IL*, 28 de febrero 1933, p. 4 [*]).

⁵⁶ Marco Giani, «#RagazzeMondiali», cit., pp. 11-13.

⁵⁷ *LOR*, 6 de diciembre 1933, p. 1 [*]. Para un comentario del pasaje, véase Marco Giani, «Le scandalose «pubbliche esibizioni» di atletica leggera femminile. Una polemica fra “L’Osservatore Romano” e “Il Littoriale” (novembre-dicembre 1933)», en *Clionet*, 3 (2019), <https://bit.ly/2xYyWwf>.

Hacerse un hueco en la Italia fascista

¹ Marco Giani, «#RagazzeMondiali», cit., pp. 13-48.

² Tim Tate, *Women’s Football*, cit., pp. 100-104; Museo de Fútbol Mundial de la FIFA, *The Official History*, p. 14.

³ Museo de Fútbol Mundial de la FIFA, *The Official History*, cit., p. 17.

⁴ Marco Giani, «“And then We Were Boycotted”», cit.

⁵ Marco Giani, «Queste ardite pioniere del gioco del calcio», cit., p. 229.

⁶ *LAS*, 21 de febrero 1924, p. 2 [**].

⁷ Luciano Senatori, *Parità di genere nello sport: una corsa ad ostacoli. Le donne nello sport proletario e popolare*, Ediesse, Roma, 2015, pp. 80-81.

⁸ Marco Giani, «La rivoluzione delle tifosine», cit.

⁹ La resistencia familiar podía ser decisiva para el resultado de una carrera: recordemos que la prometedora velocista turinesa Margherita Scolari, «forzada a no participar en las Olimpiadas de Ámsterdam por prohibición paterna [...], tuvo que abandonar antes de tiempo la competición —con tan solo dieciocho años— por la hostilidad y los celos de su prometido» (Sergio Giuntini, *La rivoluzione del corpo*, cit., p. 176). Todavía al principio de los años sesenta (!) la campeona italiana de carrera de media distancia, Gilda Jannaccone, olímpica en Roma en 1960, fue obligada a retirarse antes de tiempo por el mismo motivo, con tan solo veinticinco años: véase *ibid.*, p. 227.

¹⁰ En un artículo de agosto de 1933 publicado por la revista femenina *Lei*, se presentaban a las futbolistas del Club de Fútbol Femenino como la última expresión del deporte femenino de masas en la Italia nueva,

contrapuesto al casi inexistente de la anteguerra: véase I, 8 de agosto 1933, p. 7 [*].

¹¹ Marco Giani, «Lodigiane, sportive, partigiane», cit., p. 190.

¹² Será justamente en una piscina, la de via Ponzio, cuando en 1934 Brunilde Amodeo encontrará a su futuro marido, el estudioso del siglo xv Bianco Bracardi: véase [INT. F. B.].

¹³ Marco Giani, «“And then We Were Boycotted”», cit.

¹⁴ Marco Giani, «Le scandalose “pubbliche esibizioni”», cit.

¹⁵ «Tenía apenas dieciséis años [] y recuerdo aquel larguísimo viaje en tren y la disposición en una nave que se llamaba Solunto. Competí en la 4x100 junto a Luisa Bonfanti, Giannina Marchini y Derna Polazzo: quedamos sextas con 53”6, en un ambiente al menos agradable, fresco, realmente deportivo. Incluso en nuestros enfrentamientos. Algo estaba cambiando en esos años. Y pensar que unos meses antes me denunciaron al obispo de Aosta porque iba al campo de entrenamiento en pantalones» (<https://bit.ly/2Lqoous>).

¹⁶ Marco Giani, «“Toccare Ondina Valla!”: Luigi Meneghello e l’atletica leggera femminile degli anni Trenta», <https://bit.ly/2YZERfq>.

¹⁷ «Fui a Berlín por las Olimpiadas de 1936, pero ni lo vi a él [Hitler] ni a Jesse Owens. Sin embargo, me encontré a Ondina Valla justo antes de la final de 80 metros vallas. Le dije: “Hemos escuchado tantos himnos, pero el italiano todavía no”. Venció clamorosamente y gracias a ella escuchamos la *Marcha Real* en el Estadio Olímpico, un estadio maravilloso. Era la primera vez que una mujer ganaba una medalla de oro olímpica» (<https://bit.ly/2zuQ6C6>).

¹⁸ Marco Giani, «#RagazzeMondiali», cit., pp. 71-72.

¹⁹ Recuérdese cómo el papá de Margherita, empleado público, perdió su puesto de trabajo tras haberse negado a sacarse la tarjeta del PNF: véase Margherita Hack, Federico Taddia, *Nove vite come i gatti*, BUR, Milán 2013, p. 18.

²⁰ *Ibid.*, p. 107.

²¹ *Ibid.*, p. 109.

²² Sergio Giuntini, «Margherita Hack: dall'atletica all'astrofisica», <https://bit.ly/2Agh1lh>.

²³ Marco Giani, «Tentare la rivoluzione», cit.

²⁴ Sergio Giuntini, *La donna e lo sport in Lombardia durante il fascismo*, en Ada Gigli Marchetti, Nanda Torcellan (eds.), *Mujer Lombarda 1860-1945*, Franco Angeli, Milán, 1992, pp. 595-606, en particular p. 603.

²⁵ Sobre dicha apertura de mente, véase Marco Giani, «Tentare la rivoluzione», cit.; para el uso propagandístico a favor de la natación femenina con una foto de su hija, véase Marco Giani, *Aspettarsi meraviglie*, cit., p. 55.

²⁶ Véase, por ejemplo, el recuerdo de Francesco Bacigalupo, nieto de Brunilde Amodeo. Cuando su abuela le contaba cosas sobre el Club de fútbol femenino, «se llenaba de orgullo, decía que se divertían como unas locas, porque ella era muy buena, marcaba goles. No sé en qué posición jugaba. Cuando hablaba del equipo, siempre lo hacía en plural, eran sus amigas, y hacían esto totalmente en serio. Y nadie las creía, me decía a menudo» «No exactamente así, pero me hablaba con orgullo, porque decía que nadie se esperaba que pudiese hacer bien esa cosa del fútbol. Me contaba que le tomaban el pelo, pero ellas eran buenas, iban en serio» [INT. F. B.].

²⁷ *ICI*, 24 de mayo 1933, p. 2 [*]. Para un análisis de la cita, véase Marco Giani, «Amo moltissimo il giuoco del calcio», cit., p. 405.

²⁸ A pesar de que el fútbol femenino de los años sesenta se ha descrito normalmente en el ámbito anglosajón como un producto del feminismo de la segunda ola (teniendo en cuenta su visible invasión de un espacio tradicionalmente masculino y su propuesta de una imagen inédita de mujer dotada de fuerza física), la investigación en este campo ha demostrado que «la mayoría de mujeres que juegan actualmente no se definen a sí mismas como feministas o políticamente activas. Ellas simplemente conocieron el fútbol, disfrutaron jugando e hicieron lo que tenían que hacer para poder participar en el nivel de intensidad que ellas escogían» (Jean Williams, *Globalising Women's Football*, cit., p. 53).

²⁹ *IL*, 16 de marzo 1933, p. 4 [*]. Se trata de un hápax, probablemente debido al destinatario particular de la carta.

³⁰ GS, 22 de febrero 1933, p. 5 [*].

³¹ «Yo nunca he sido fascista. Incluso en la Selección: me adaptaba, pero no estaba de acuerdo. De los jugadores, tan solo Monzeglio era un fanático en camisa negra. También Pozzo no confundía la política con el fútbol, de hecho se las apañaba para que nunca se hablase del Duce. Sí, estábamos obligados a hacer el saludo, a recitar, y yo recitaba. Pero nunca me saqué la tarjeta: si se ama la libertad, no se puede ser fascista» (cit. en Edoardo Molinelli, *Cuori partigiani. La storia dei calciatori professionisti nella Resistenza italiana*, Hellnation, Roma, 2019, p. 225). Como destacó Molinelli, la Lucchese, entrenada por el hebreo húngaro Erno Erbstein en la temporada 1936/1937 contaba con, nada menos que, cinco antifascistas declarados entre sus filas: además del caso de Aldo Oliveri, es importante el caso de Libero Marchini, anarquista por tradición familiar, titular fijo en la Selección italiana que, guiada por Vittorio Pozzo, ganó el único oro olímpico en esta disciplina en las Olimpiadas de Berlín de 1936. Como prueba una célebre foto: «al final del victorioso final contra Austria, en lugar de levantar el brazo en el saludo fascista», Marchini «fingió un escozor en el muslo izquierdo y lo bajó» (*Ibid.*, pp. 225-226).

³² «Él lo hacía, y decía que era un deporte apropiado; y fue él quien me dijo: “¿Por qué no llevas a tu hija a patinar?”. Dije: “No sé ni siquiera cómo inscribirla, así que...”. Entonces, como conocía al presidente del Círculo de Patinadores, habló con él, inscribimos a mi hija, y ha participado. Luego clases y más clases hasta convertirse en una campeona italiana» (<http://bit.ly/2tqxssd>).

³³ Para estas fotos, véase Marco Giani, «Flipping through Grazia's Photo Albums: Flashbacks from the Career of a 1940s-1950s Italian Figure Skating Champion», <https://bit.ly/2zCGZyY>.

³⁴ Para la foto tomada durante la ceremonia inaugural de las Olimpiadas de 1948, véase Marco Giani, «Flipping through Grazia's Photo Albums», cit.

³⁵ LU, 7 de junio 1951, p. 6 (<https://bit.ly/3bovEjg>).

³⁶ Marco Giani, «“Queste ardite pioniere del gioco del calcio”», cit., p. 229.

³⁷ El texto está, de por sí, perdido (el original no está localizado por el momento, ni siquiera en los archivos familiares de diversas futbolistas), pero en los periódicos nos encontramos con varias versiones, en las que hay numerosas y pequeñas variaciones textuales.

³⁸ *LA*, 14 de febrero 1933, p. 4 [*].

³⁹ «Nosotras no comprendemos el motivo por el que las mujeres italianas —ahora falanges— que se apasionan por el fútbol no deban —teniendo en cuenta el sexo para saber lo que una mujer puede ofrecer— practicarlo. Nos gustaría preguntar por qué se les ha favorecido y promovido en todos los otros deportes, desde el pedestrismo hasta la aviación» (*IL*, 16 de marzo 1933, p. 4 [*]).

⁴⁰ *IL*, 15 de febrero 1933, p. 4 [*]. *Il Tifone* utilizará la misma lógica analógica algunos meses después para picar a las lectoras romanas a que no fuesen menos que las milanesas: «Si en Milán ha sido posible formar tres equipos de fútbol femenino, ¿por qué no debería poder hacerse también en Roma? Como ya sois las esgrimidoras, las nadadoras, las esquidoras y otras tantas cosas acabadas en -oras, también podéis ser las goleadoras» (*IT*, 13 de junio 1933, p. 3 [**]).

⁴¹ Sergio Giuntini, *La donna e lo sport*, cit., p. 596.

⁴² *IRF*, 26 de marzo 1933, p. 6 [*].

⁴³ *IL*, 15 de febrero 1933, p. 4 [*].

⁴⁴ *IL*, 28 de marzo 1933, p. 4 [*]. Sobre el rol del profesor Nicola Pende en la historia de la eugenesia italiana, véase Francesco Cassata, *Eugenetica senza tabù. Usi e abusi di un concetto*, Einaudi, Turín, 2015, pp. 38-46.

⁴⁵ *LSBSP*, 5 de mayo 1933, p. 2 [*].

⁴⁶ *LSF*, de octubre 1932, pp. 1-8.

⁴⁷ *ICI*, 3 de mayo 1933, p. 12 [*]; *IT*, 27 de junio 1933, p. 3. Por el momento no sabemos si dicha visita fue una iniciativa de las chicas o una sugerencia externa al Club de Fútbol Femenino: véase Marco Giani, «Tentare la rivoluzione», cit.

⁴⁸ Marco Giani, «Le nere “sottanine”», cit., p. 10.

⁴⁹ Rosella Isidori Frasca, *L'educazione fisica e sportiva per la «preparazione materna»*, en Marina Addis Saba (ed.), *La corporazione delle donne. Ricerche e studi sui modelli femminili nel ventennio fascista*, Florencia, Vallecchi, 1988, pp. 273-304, en particular p. 290. Recuérdese como en diciembre de 1921, en el desesperado (y al final vano) intento de salvar a las Dick, Kerr's Ladies de la prohibición de la FA, el mánager del equipo invitó inmediatamente a más de veinte doctores para asistir a un partido de las chicas: véase Museo de Fútbol Mundial de la FIFA, *The Official History*, cit., p. 18. Aún en 1952, el secretario general de la Fofa escribirá a un dirigente del Nicaragua explicando que, habiendo opiniones muy dispares respecto al fútbol femenino, le parecía correcto delegar la decisión sobre su licitud a educadores y médicos, teniendo la biología una cierta importancia en la disputa: véase Museo de Fútbol Mundial de la FIFA, *The Official History*, cit., p. 20.

⁵⁰ En su artículo de abril, Luigi Ferrario, declarándose perplejo ante los «violentos esfuerzo», los «tiros nada agraciados» y las «durezas que no se pueden aliviar ni con un aligeramiento del balón, ni con la reducción de la duración del encuentro», concluía diciendo que al final la «cuestión» alrededor de la utilidad mayor o menor del «fútbol femenino» para la «mejora de la mujer» se resolvería «más por los médicos que por los técnicos» deportivos (*LDS*, 2 de abril 1933, p. 11 [*]).

⁵¹ *GS*, 22 de marzo 1933, p. 5 [*].

⁵² *IL*, 9 de marzo 1933, p. 4 [*].

⁵³ De una breve mención presente en un artículo de marzo de 1933 se podría hipnotizar que, al inicio de la aventura, uno de los últimos sueños de las futbolistas milanasas fuese, de hecho, desafiar a los equipos masculinos: «El domingo se ha fijado la reunión para la primera salida al campo. ¡Prohibida la entrada a los hombres...! Pero dejará de estar prohibido cuando el equipo esté preparado; es la capitana Rosetta la que lo deja caer sonriendo, no era improbable el encuentro contra once hombres. Entonces, ¿con qué lograrán más, con la ciencia del fútbol sobre once mujeres o el encanto de once caritas de niñas?» (*ISLS*, 11 de marzo 1933, p. 5 [*]). De

estos propósitos, sin embargo, no hay ningún rastro: podría tratarse de un proyecto abandonado prudentemente, de un deseo personal (y quizás improvisado) de Rosetta, o quizás una invención sacada de la manga del periodista. El hecho de que «próximamente el equipo retará de manera oficial al Milán o al Ambrosiana para un partido» se puede leer también en *Il Tifone* (IT, 28 de febrero 1933, p. 6 [*]), periódico satírico romano que saca provecho de la noticia para imaginarse partidos mixtos ridículos últimamente semejante a esos de las bailarinas. Recuérdese, no obstante —como descubrió recientemente Vincenzo Mercuri—, que en Alessandria, la talentosa futbolista Amelia Piccinini fue sacada al campo por Scaglione en un partido masculino entre aficionados en marzo de 1934. Lejos de quedarse como una extra, la futbolista logró anotar dos goles con la camiseta de La Serenissima: véase *IP*, 17 de marzo 1934, p. 4 [*]; Vincenzo Mercuri, «Divieto delle federazioni», cit., p. 117.

⁵⁴ Como una llamada al orden interno a las reclusas de reserva, se lee la carta de la jugadora de baloncesto milanesa Bruna Bertolini, publicada en agosto de 1933 por *Lo Sport Fascista*, donde podemos leer una referencia indirecta negativa hacia el fútbol femenino, numerable «entre otros deportes absurdos para la mujer», véase Marco Giani, «Le nere “sottanine”», cit., p. 20.

⁵⁵ *IL*, 30 de marzo 1933, p. 4 [*]; *IT*, 27 de junio 1933, p. 3 [*].

⁵⁶ *ISLS*, 11 de marzo 1933, p. 5 [*].

⁵⁷ El rol positivo como apoyo de los futbolistas masculinos a las colegas mujeres en la historia global del fútbol femenino es destacado en Jean Williams, *Globalising Women's Football*, cit., pp. 20-25; véase también los materiales presentados en <https://bit.ly/3cpopJj>.

⁵⁸ Marco Giani, «#RagazzeMondiali», cit.

⁵⁹ Véase los materiales presentados y comentados en <https://bit.ly/2ZPwIe9>.

⁶⁰ *GS*, 22 de marzo 1933, p. 5 [*].

⁶¹ *GS*, 22 de febrero 1933, p. 5 [*]. Véase también la opinión de un redactor de *Il Tifone*: «Yo no soy para nada un moralista, pero os aseguro que me parece mucho más inmoral permitir que una chica vaya al ritmo

de la música, abrazada, contraída, aprisionada por el primer joven que aparezca, que permitirle ser parte de un equipo de fútbol. ¿Qué hay de inmoral en el fútbol? Nada. Es un deporte sano, higiénico, divertido. Si permitís que vuestra hija se ennegrezca los pulmones con el aire cargado y mefítico de las salas de baile, permitidle también que vaya a desintoxicarse con el aire libre en el campo, con el sol» (*IT*, 27 de junio 1933, p. 3 [**]).

⁶² *GS*, 22 de febrero 1933, p. 5 [*].

⁶³ Reléase, por ejemplo, el artículo «Compiti della donna», publicado en 1933 en *Critica Fascista* (y propuesto de nuevo en Piero Meldini, *Sposa e madre esemplare. Ideologia e politica della donna e della famiglia durante il fascismo*, Guaraldi, Rimini/Florecia, 1975, pp. 214-217).

⁶⁴ Marco Giani, «“Cattoliche, fasciste e sportive”», cit., pp. 85-94. Para algunas fotografías de las hermanas Amodeo en partidas dobles, véase Marco Giani, «“And then We Were Boycotted”», cit.

⁶⁵ *IL*, 16 de marzo 1933, p. 4 [*].

⁶⁶ La joven aviadora frecuentaba el Grupo fascista del barrio Cantore, que no paró de celebrar durante mucho tiempo la memoria de la mujer: se trata del mismo grupo que, en marzo de 1930, organizó una velada con baile, en la cual «los deportistas estaban sobradamente representados y no faltaban las naturalmente graciosas “tifosinas” del fútbol» (*LS*, 9 de marzo de 1933, p. 3).

⁶⁷ Marco Giani, *La prima martire dello sport femminile italiano? Reazioni giornalistiche (1932-1933) alla morte dell'aviatrice milanese Gaby Angeli*, en proceso de publicación por gli Atti della Siss (Convegno di Treviso, 2018).

⁶⁸ Roberta Rodolfi, «Le italiane e lo sport negli anni del fascismo. Alfonsina Strada, Ondina Valla, le “orvietine”», en *Società Donne & Storia*, 1 (2002), pp. 107-176, en particular pp. 137-138. Sobre este aspecto de Alfonsina Strada, véase también Marco Giani, «“Cattoliche, fasciste e sportive”», cit., p. 89.

⁶⁹ Marco Giani, «Agguerrite tifosine», cit.

⁷⁰ Así, por ejemplo, la futbolista Pina Leva que, frente a Carlo Bri-ghenti, le increpa así: «Usted —dice poniéndome sus grandes ojos enci-ma— nunca será como sus colegas que vienen a tomarnos el pelo. Pobre de usted » (*ICI*, 24 de mayo 1933, p. 2 [*]).

⁷¹ *GS*, 22 de febrero 1933, p. 5 [*].

⁷² «Hay quien se ha indignado por esta nueva forma de actividad de-portiva femenina, pero hay quien no ha armado escándalo y ha acogido el último capricho de la mujer, apasionada del balón, con mucha filosofía y una tranquila sonrisa de amabilidad» (*LSBSP*, 5 de mayo 1933, p. 2 [*]).

⁷³ *IL*, 16 de marzo 1933, p. 4 [*].

⁷⁴ Reléase, en este sentido, la parte de la crónica de uno de los parti-dos de las alessandrinas contra los benjamines de La Serenissima, firmada por Camagna, que pone irónicamente en contraste la fuerza y el ímpetu de las chicas y la incapacidad de los chiquillos contrarios de darles una lección a mujeres demasiado mayores para ellos: «Estas camisetas blan-quinegras han amortiguado los amables y delicados sentimientos que la naturaleza les ha brindado en su nacimiento, para mayor gozo y conso-lación del otro sexo, y se han lanzado osadas y pugnaces a través de las filas de los “Benjamines” a quienes, pobrecitos, les han cortado las alas por gallinas osadas y poco ceremoniosas. A cada intento ofensivo de los prepuberal masculinos, estas deportistas, todas hermosas y jóvenes flo-rentinas, de entre los 15 y 20 años, han sofocado todo su ardor, pasando decididas al asalto de la red contraria que ha acabado por rendirse ante la furia de cinco balones lanzados con toques secos y precisos» (*IL*, 20 de septiembre 1933, p. 4). El adjetivo «pugnaces» hace referencia a la esfera de la discordia, esa por la que un lector napolitano de *Il Littoriale* no iba al fútbol femenino y que aunaba esta disciplina a otras que las mujeres debían evitar como el boxeo, la lucha grecorromana, la esgrima (disciplina que, por el contrario, ¡fue promovida por el régimen para las mujeres!), atletismo pesado y rugby: véase *IL*, 4 de julio 1933, p. 6 [*].

⁷⁵ Así, de hecho, el enviado milanés del *Guerin Sportivo*, Bruno Slawitz, oculto detrás del pseudónimo «Don Ciccio», quien, al final de su

crónica del partido público de julio entre GS Ambrosiano y GS Cinzano, avanzaba una pega: «Eso es, pero permítanme que lo diga en verso: Chicas hábiles y hermosas / sed flores y estrellas: / pero respecto a vuestras pisadas / inspiraos en el fútbol. / Pero no lo practiquéis» (GS, 12 de julio 1933, p. 5 [*]).

⁷⁶ Muchos contrarios al Club de Fútbol Femenino no se tomaron ni la molestia de ir a ver jugar a las chicas en persona, como denunció Brighenti: «He ido al campo de improviso. “Hasta ahora —pensé— se ha mirado con una ligera sonrisa en los labios a este nuevo club de fútbol. Los colegas han observado el espectáculo riéndose. ¿Y si fuese un espectáculo serio?”» (ICI, 24 de mayo 1933, p. 2 [*]). Sin embargo, cabe destacar que ni siquiera esto fue suficiente para liberarse de los prejuicios, como podemos entender por ejemplo leyendo una pieza de Egidio Della Casa, que había asistido a un partido de los futbolistas alessandrinas: «No es el momento de hacer consideraciones más o menos técnicas, pues sería absurdo querer analizar el comportamiento técnico ya sea de esta o de otra jugadora. ¿Qué queréis de un equipo que se ha creado enseguida y está formado por mujeres? ¡Pensemos un poco, va!» (IP, 23 de septiembre 1933, p. 2 [*]).

⁷⁷ ICI, 24 de mayo 1933, p. 2 [*]. Sobre las alessandrinas, véase también: «¡Las once hijas madroñas que son todo menos ases!» (GS, 27 de septiembre 1933, p. 6 [*]).

⁷⁸ «El partido termina con un resultado halagüeño; se anotaron puntos, y el juego, a decir verdad, fue ágil, brillante y amable. Ni la feminidad de las mujeres disminuyó. Al fútbol femenino no le faltan posibilidades de éxito porque presenta nuevos e interesantes puntos de vista deportivos; se debe, por lo tanto, perseverar y crear una mentalidad futbolística en las mujeres, que será diferente a la de los hombres» (ISI, 25 de marzo 1933, p. 4 [*]).

⁷⁹ IT, 27 de junio 1933, p. 3 [**].

⁸⁰ ICI, 24 de mayo 1933, p. 2 [*].

⁸¹ Sobre el arresto y la condena al confinamiento de Giuseppe Barcellona, acusado de ser cómplice de su hermano y de otros comunistas milaneses «en

el intento de radiodifundir un discurso de carácter comunista, en ocasión del 1 de mayo» de 1933, véase Salvatore Carbone, Laura Grimaldi, *Il popolo al confino. La persecuzione fascista in Sicilia*, Ministerio de Bienes Culturales y Ambientales, Oficina Central para los Bienes Archivísticos, Roma, 1989, pp. 99-101. Sobre el argumento estoy redactando actualmente un artículo monográfico que esclarecerá algunos aspectos históricos del asunto judicial.

⁸² *ICI*, 24 de mayo 1933, p. 2 [*].

⁸³ Reflexiónese sobre otra expresión semánticamente ambigua como «no nos rendiremos», utilizada durante la lucha del Club de Fútbol Femenino: «Nosotras, a pesar de la incompreensión del hombre, la timidez de las mujeres y la hostilidad de la prensa, no nos rendiremos» (*IT*, 13 de junio de 1933, p. 3 [*]). Si a nuestros oídos, la asonancia de «¡Canalla quien se rinde!» se nos presenta como una expresión inconfundiblemente fascista (y, en efecto, en su diario de 1944, la republicana turinesa Zelmira «Mirella» Marazio escribió que «estamos decididas a no rendirnos. Moriremos todos, pero no nos traicionaremos»: Zelmira Marazio, *Il mio fascismo*, Verdechiaro, Baiso (RE), 2005, p. 147), recuérdese uno de los primeros periódicos antifascistas en Italia, creado entre los hermanos Rossetti, que se titulaba justamente «¡No nos rendiremos!» (1925).

El final del sueño, el retorno de la política

¹ Afirmación dicha durante el episodio de la transmisión Olympia (dirigida por Dario Ricci), <https://bit.ly/2LlCYGR>.

² Riccardo Brizzi, Nicola Sbeti, *Storia della Coppa del Mondo di calcio (1930-2018). Politica, sport, globalizzazione*, Le Monnier, Florencia 2018, p. 42.

³ Enrico Landoni, *Gli atleti del Duce*, cit., pp. 174-183; Marco Giani, «Tentare la rivoluzione», cit.

⁴ *LDS*, 2 de abril 1933, p. 11 [*].

⁵ Sergio Giuntini, «Marina Zanetti: la prima e unica ct dell'atletica italiana», <https://bit.ly/2WsCfFq>.

⁶ Marco Giani, «Il canto del cigno di Marina Zanetti, rappresentante dell'Italia al Congresso Ffsi di Roma 1933», <https://bit.ly/2zwDoTd>.

⁷ Antonella Stelitano, «La presenza femminile negli organismi sportivi nazionali e internazionali», en Maria Canella, Sergio Giuntini, Ivano Granata (eds.), *Donna e sport*, cit., pp. 554-592.

⁸ Cuando fue entrevistado, Tavecchio afirmó: «Ahora mismo estamos sumidos en ofrecer dignidad, también en el aspecto estético de la mujer en el fútbol». La entrevistadora se quedó pasmada: «Pero eh ¿en qué sentido bajo el aspecto estético?», a lo que Tavecchio respondió: «Pues porque hasta ahora se consideraba a la mujer como un sujeto minusválido respecto al hombre, tanto en la resistencia, el tiempo, la expresión deportiva; pero, por el contrario, ¡hemos comprobado que son muy parecidos!» (transcrito del vídeo presente en <https://bit.ly/3bzdAU1>).

⁹ En 2016, el entonces presidente de la Liga nacional amateur explotó en una reunión con su famoso: «¡Ya está bien, no se puede seguir hablando de pagar a esas cuatro lesbianas!» (cit. en Alessandro Alciati, *Non pettinavamo mica le bambole*, p. 14) por lo que se vio forzado a dimitir.

¹⁰ No se olvida, de hecho, que, al contrario de la rabia de Bellolli (dicho durante una reunión federal a puerta cerrada), Tavecchio exteriorizó lo de la mujer como «sujeto minusválido» en una entrevista con la que quería promover el fútbol femenino, como tarea de la Liga Nacional Amateur, la que, a finales de la temporada 2017/2018 tenía a su cargo la organización del campeonato femenino (que pasó después a manos de la FIGC).

¹¹ Milena Bertolini, Domenico Savino, *Quelle che... il calcio*, cit., pp. 22-25.

¹² <https://bit.ly/2Lo5X7Z>.

La motivación olímpica

¹ «Por supuesto que tenemos la clara convicción de que, si se limitará la actividad a los deportes olímpicos, eliminando esas degeneraciones de

los últimos tiempos en los que el fútbol, más perjudicial que útil en la difusión del deporte femenino, llegaremos a conseguir una buena alineación de mujeres que conseguirán buenos resultados en las Olimpiadas de Berlín y, sobre todo, nos permitirá ir hacia ese récord que representa nuestra meta para 1936» (*LDS*, 30 de julio 1933, p. 11 [*]).

² Sobre dicho encuentro, ganado 59 a 68 por las italianas, véase los materiales recogidos en <https://bit.ly/3dxQ9fi>, nótese entre los cuales la fotografía publicada en *LDS*, 23 de julio 1933, p. 10, donde se aprecia una gran diferencia en el vestuario. En la entrada al campo con la bandera nacional, las italianas llevaban una larga falda blanca de la representación, que luego se quitarían para ponerse los pantalones necesarios para correr y, sobre todo, saltar, mientras que las francesas ya los lucían en el momento de los himnos nacionales. Recuérdese cómo la FIDAL, en 1932, instó a las atletas a usar los pantalones cortos exclusivamente durante la competición: véase Sergio Giuntini, *La rivoluzione del corpo*, cit., p. 210.

³ Sobre dicho encuentro, véase <http://bit.ly/2liXN9x>. También en este caso, viendo las fotografías del encuentro, es evidente una diferencia en el vestuario que se mantuvo durante el partido: las italianas jugaron en falda (como era costumbre en la Italia de los años treinta) y las suizas en pantalones.

⁴ *LGDS*, 23 de julio 1933, p. 3 [*]. Los «diversos nombres» de los que también habla *Il Littoriale* son el Grupo Deportivo Ambrosiano y el Grupo Deportivo Cinzano, es decir, el nombre de los dos equipos internos del Club de Fútbol Femenino durante los encuentros públicos del verano de 1933.

⁵ Marco Giani, «Le nere “sottanine”», cit., p. 19.

⁶ Marco Giani, «“And then We Were Boycotted”», cit.

⁷ Los portavoces del CONI nos revelaban de manera aún más explícita el pensamiento tan mezquino del jerarca salentino sobre el deporte femenino. El 29 de septiembre de 1934, tras haber escuchado al presidente de la ONB Renato Ricci (feroz adversario de las contendientes deportivas) pedir que se «eliminase la representación femenina» en las «asambleas

internacionales», y corrigiéndose inmediatamente añadiendo que «aunque sí, para las Olimpiadas de 1936, es indispensable presentarse también en el campo femenino, yo estoy completamente dispuesto», Starace habló claramente: «Siempre he pensado que la mujer debe eliminarse del deporte competitivo. Pero como no lo hemos logrado y me piden desde el otro lado que tendríamos que renunciar a las posibilidades, viendo que todas las demás Naciones participarán en el campo de las mujeres. Por ahora no es necesario renunciar a ellas» (cit. en Enrico Landoni, *Gli atleti del Duce*, cit., p. 186). Habla de una legitimación del «campeonato» femenino, igual que Sergio Giuntini, según el cual, a partir de la presidencia *staraciana*, se empezó a «dirigir hacia un valor añadido que, a nivel de consenso interno y de imagen externa podían derivar en algunas afirmaciones deportivas importantes. Estrategia que, con el triunfo logrado por Ondina Valla en las Olimpiadas de 1936, los primeros mundiales de Testoni y el éxito de Celina Seghi en el esquí alpino y el del equipo de baloncesto en los campeonatos europeos de 1938 (completamente diferente el caso del fútbol femenino, que fue frenado inmediatamente alejándose así de la norma y el sentido común), parecían darle totalmente la razón» (Sergio Giuntini, *La rivoluzione del corpo*, cit., p. 278).

⁸ *LGDS*, 23 de julio 1933, p. 3 [*].

⁹ *LGDS*, 4 de octubre 1933, p. 6 [*].

¹⁰ *A*, enero de 1934, pp. 43-45 [*].

¹¹ La disciplina fue excluida del programa olímpico del Cio tras Ámsterdam 1928 por una polémica periodística de orígenes anglosajones, sobre esta véase Sergio Giuntini, *La rivoluzione del corpo*, cit., pp. 223-227. Los extremadamente agotadores 800 metros femeninos, sin embargo, los disputaron en los años treinta las chicas de la Selección nacional italiana, no solo por el pretexto del encuentro internacional, sino porque se incluyeron en el programa de esos Juegos Mundiales Femeninos, que el artículo de julio de 1933 de Luigi Ferrario señaló como una oportunidad, no solo de ver el trabajo «de cuánto han mejorado en el atletismo mundial», sino para, sobre todo, dejar bien a la Italia fascista (*LGDS*, 23 de julio

1933, p. 3 [*]). Si en esos años el título nacional de los 800 metros lo había ganado Leandrina Bulzacchi (capaz, en 1937, de conseguir un celebrado récord mundial en la carrera de relevos 3x800 junto a Cleo Balbo y Candida Giorda), y detrás de ella se posicionaron Maria, pero sobre todo Graziella Lucchese, las dos hermanas que, en 1933, formaron parte del Club de Fútbol Femenino: véase *Materiali*.

Cae el telón

¹ *IL*, 22 de noviembre 1933, p. 1 [*].

² Marco Giani, «Le nere “sottanine”», cit., p. 390.

³ *ICI*, 28 de febrero 1934, p. 5 [*].

⁴ Marco Giani, «Tentare la rivoluzione», cit.

⁵ *ICI*, 23 de febrero 1938, p. 3 [*].

Viejos prejuicios difíciles del eliminar

¹ Para la historia del fútbol femenino en Italia de 1946 a 1965, véase Giovanni Di Salvo, *Quando le ballerine danzavano col pallone –La storia del calcio femminile con particolare riferimento a quello siciliano*, Geo Edizioni, Empoli, 2014, pp. 13-15.

² Véase como ejemplo los comentarios de las voces fuera del campo (partiendo de la broma sobre los masajistas) y los encuadres de las piernas de las chicas en el vídeo sacado del noticiario Settimana Incom concerniente al partido femenino Turín-Alessandria en abril de 1948: <https://youtu.be/xyrQJtKJ5Mk>. Sobre los problemas que incluso la prensa de izquierdas tuvo en la posguerra para aceptar los cuerpos de las «hermosas muchachas» que se dedicaban al fútbol o al ciclismo en las demostraciones patrocinadas por la UISP, véase Luciano Senatori, *Parità di genere nello sport*, cit., pp. 130-134.

³ Marco Giani, «La rivoluzione delle tifosine», cit.

⁴ Fabrizio Calzia, *Azzurro Donna. Il calcio femminile fra oggi e origini, 2019-1968*, Galata, Génova, 2019, p. 74. Sobre el Mundial de 1971, no

homologado por la FIFA, véase Museo de Fútbol Mundial de la FIFA, *The Official History*, cit., pp. 28-33.

⁵ Elena Gianini Belotti, *Dalla parte delle bambine*, Feltrinelli, Milán, 1973, p. 76. En Felice Accame, Paolo Serena, *Le illusioni del progresso linguistico*, Bilibion, Milán, 2019, pp. 53-55 como ejemplo de un académico que «quiere hacer parecer» al fútbol como algo «naturalmente masculino a toda costa», da el ejemplo del psicólogo y académico pontificio Frederik J. J. Buytendijk, quien buscó en los años cincuenta intentó recurrir a una vía específica (masculina y femenina) «de vivir la propia corporeidad y su significado».

⁶ Posteriormente, se retiró la prohibición: recuérdese como la mayor parte de las jugadoras actuales de la Selección femenina italiana se han formado desde pequeñas en equipos mixtos, dentro de los que el reglamento permite todavía jugar hasta los catorce años. Sobre este argumento, véase Marco Giani, «I “piccoli eroi del quotidiano”», cit. Mientras tanto, quién sabe cuántas niñas se encontraron dificultades para poder jugar, como le pasó a Cristina Falco (n. 1976), que cuenta: «Cuando fui a inscribirme, con mis amiguitos, en la escuela de fútbol de nuestro barrio y, pese a que era una de las mejores, ni siquiera me hicieron una prueba: la escuela de fútbol era exclusivamente masculina. Recuerdo lo que sentía cuando veía los entrenamientos de mis amigos a través de una red, la tristeza se entremezclaba con las ganas de luchar contra esa injusticia; me prometí practicar todos los deportes que me gustasen, obviando los límites, que mi familia y la sociedad podrían imponerme» (Cristina Falco, *Più brave per forza. Storie di donne e sport dal Novecento a oggi*, Edizioni SEB 27, Turín, 2015, p. 9).

⁷ Marco Giani, «I “piccoli eroi del quotidiano”», cit.

⁸ «Tantísimas veces me he encontrado hablando de fútbol femenino desde un punto de vista médico, y ya he dicho miles de veces que el fútbol femenino no tiene ninguna contraindicación para la mujer, porque toda esa patología “normal” de cualquier tipo de deporte ¡también es así para el fútbol!».

⁹ Marco Giani, «#RagazzeMondiali», cit., p. 86.

¹⁰ <https://youtu.be/pWVcuevGeuo>.

¹¹ Cit. in Marco Giani, «I “piccoli eroi del quotidiano”», cit. Desde este punto de vista, es muy interesante el texto de la actual entrenadora de la Juventus Femenina, Rita Guarino, contenido en Cristina Falco, *Più brave per forza*, cit., pp. 64-76.

¹² Para la increíble historia de esta exfutbolista y su papel para las #RagazzeMondiali, véase Milena Bertoloni, Domenico Savino, *Quelle che... il calcio*, cit., pp. 11-16.

¹³ *Ibid.*, p. 15.

¹⁴ Centro juvenil católico.

¹⁵ Marco Giani, «I “piccoli eroi del quotidiano”», cit.

¹⁶ Milena Bertolini, Domenico Savino, *Quelle che... il calcio*, cit., p. 153.

¹⁷ Barbara Bonansea, Marco Pastonesi, *Il mio calcio libero*, Rizzoli, Milán, 2019, p. 215.

¹⁸ Marco Giani, «I “piccoli eroi del quotidiano”», cit.; Marco Giani, «Aspettarsi meraviglie», cit.

¹⁹ Barbara Bonansea, Marco Pastonesi, *Il mio calcio libero*, cit., p. 215.

²⁰ *Ibid.*

²¹ *Ibid.*, p. 216.

²² Cit. en Marco Giani, «I “piccoli eroi del quotidiano”», cit.

²³ «*If you know your history / Then you would know where you're coming from*» (Bob Marley, «Buffalo Soldier»). En conclusión, me gustaría agradecer, no solo a Federica Seneghini, sino también a Sergio Giuntini, Alice Vergnaghi y Nicola Sbetti por haber escuchado y debatido conmigo durante la fase de escritura de algunos pasajes de este trabajo.

INDICE

HISTORIA DE UN PREJUICIO Y DE UNA LUCHA	3
¿El fútbol no es deporte para señoritas?	5
¿Deporte «masculino» y deporte «femenino»?	8
¿Italianas que juegan al fútbol?	11
Una nueva práctica social: la afición femenina	15
Un pasatiempo para las ciudadanas (¡y para los milaneses)	18
<i>Tifosinas</i> bastante polémicas	22
Las preguntas de Ninì: de la afición pasiva al fútbol activo	25
A la luz del día: las condiciones del fútbol	27
La lucha fuera del campo por el derecho a jugar	30
Los prejuicios de 1933	32
Hacerse un hueco en la Italia fascista	43
El final del sueño, el retorno a la política	61
La motivación olímpica	64
Cae el telón	68
Viejos prejuicios difíciles de eliminar	70
SIGLAS	75
BIBLIOGRAFÍA	79

